

El Gallo del Guerrillero



Edwin Urbina

El Gallo del Guerrillero

Desde el cerro y la quebrada

Edwin Urbina

Derechos Reservados © 2014

Primera Edición, año 2014

Los Angeles, CA, USA

El Gallo del Guerrillero

Es una expresión de cultura campesina dentro del contexto de la guerra civil que vivió El Salvador entre finales de 1970 hasta comienzos de 1992. La historia toma lugar en dos campamentos guerrilleros en el departamento de Chalatenango, y la mayoría de personajes son campesinos.

La narrativa se desarrolla con historias y personajes ficticios, basada en una realidad que existió en los escenarios de guerra. El autor no vivió ninguna experiencia similar, y el trabajo no es el fruto de entrevistas a ex-guerrilleros ni vivencias de alguien más. El trabajo es el producto de la inventiva del autor y recolección de historias escuchadas en los medios de comunicación y de personas que participaron en el conflicto.

Con la obra se persigue contribuir a la memoria histórica del país, para que las generaciones venideras sepan los sacrificios que mucha gente realizó en busca de una sociedad mejor.

Por medio de El Gallo del Guerrillero el autor quiere contarle a las nuevas generaciones historias que reflejan la realidad que muchos vivieron. Habiendo crecido en una zona conflictiva, cerca de donde la obra se desarrolla, el autor vivió los efectos de los primeros años del conflicto, y no es ajeno a esa realidad.

Introducción

A partir de la independencia oficial de España en mil ochocientos veintiuno, El Salvador tuvo variedad de gobiernos, pero ninguno con características democráticas. La mayoría eran de carácter autoritario y militarista, que respondían exclusivamente a los intereses de las familias ricas de la pequeña república. Después de varios años de gobiernos represivos, y de que las condiciones de vida de las grandes mayorías no mejoraban, la población comenzó a organizarse para exigir mejores condiciones de trabajo, salarios, educación, salud y otros beneficios públicos muy básicos.

Los gobiernos consideraban las exigencias mínimas de la población como una afrenta, y así comenzaron a reprimir las organizaciones sindicales, de estudiantes, campesinos y profesionales que se organizaron para defender sus intereses. Es así como hemos sabido del levantamiento indígena de Los Nonualcos, liderados por Anastasio Aquino en mil ochocientos treinta y tres. Posteriormente, en mil novecientos treinta y dos, en un nuevo intento de búsqueda de justicia social, se levanta Farabundo Martí y el líder indígena Jose Feliciano Ama. Ambos luchadores fueron asesinados por las fuerzas represivas del gobierno junto a más de treinta mil campesinos.

Décadas más tarde, una pequeña minoría continúa controlando la riqueza y determinando el futuro de las grandes mayorías, quienes viven en condiciones de pobreza crítica, sin expectativas reales de mejoría.

En la década de mil novecientos setenta, después de agotar todas las vías pacíficas de protesta popular, surgen los movimientos guerrilleros que terminan aglutinándose en un frente común denominado FMLN –Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional–. El nuevo movimiento guerrillero hace un intento más para derrotar un sistema político, social y económico muy injusto. Las fuerzas guerrilleras estaban expandiendo sus operaciones desde la ciudad de San Salvador y otras ciudades grandes hacia las áreas rurales del país. El gobierno intenta desarticular el movimiento guerrillero con represión y demás tácticas militares, pero la resistencia organizada de grandes sectores de la población era cada día mayor.

A partir de mil novecientos ochenta, el departamento de Chalatenango se convirtió en uno de los grandes escenarios de guerra entre el gobierno y las fuerzas insurgentes. La guerra llegó hasta los lugares más recónditos del departamento, y allí se dieron masacres de campesinos y grandes batallas entre la guerrilla y el ejército de los gobiernos antidemocráticos en turno.

El Gallo del Guerrillero

Quiporito estaba siendo vigilado por una gran nube gris con apariencia de fantasma malévolo de sonrisa amenazante y cachetes de viejo rico glotón. El invierno siempre es copioso en la zona noreste de Chalatenango. Las nubes llegan acompañadas de relámpagos y truenos ruidosos e intimidantes, como si fueran regaños de la naturaleza derramando torrentes de lágrimas gordas sobre gente flaca. La misma tierra que les da vida en sus entrañas con calor de sol tropical, las derrama una y otra vez desde sus mantos empapados cada invierno. Cuando el verano llega con su seca personalidad, enfurecido con sus rayos de sol caliente, retuerce las nubes lentamente hasta quitarles su vida invernal.

Mientras la lluvia sigue impregnando la campiña chalateca, los cerros, mesetas y cañadas siguen enverdecándose, y los ríos comienzan a crecer con aguas limpias y renovadas. Cuando las primeras lluvias traen el olor a tierra mojada, el campesino se siente más dueño de su mundo verde. Las señales de vida reaparecen con más ímpetu por todas partes. Los suelos empapados comienzan a parir pequeñas vertientes de agua a lo largo de los caminos, paredones y colinas de la región. Los riachuelos que habían muerto durante el seco verano, vuelven al trajín de llevar agua hacia sus acostumbrados destinos. La tierra parece estar teniendo muchos partos, como si las nubes la hubieran preñado en mayo para que sus frutos surgieran de sus entrañas en variadas formas, expresiones y tamaños.

Las milpas empiezan a florecer en las faldas de los terrenos de Chalate, y el campesino comienza a viajar entre las veredas para darles la protección acostumbrada. La belleza

de los cerros, guatales y vaguadas es cada vez más visible desde todas partes. El cerro Iramón luce más contento que nunca, vigilando a los poblados a su alrededor. Hacia el Este tiene a los municipios de Nombre de Jesús y San Antonio de la Cruz, y al Sur se encuentra la ciudad de Suchitoto con su sencilla elegancia. Hacia el Noroeste, el cerro sirve de referencia para los municipios de Nueva Trinidad y Arcatao. Y hacia el Suroeste, el pueblito de San José Las Flores se le esconde detrás del cerro de la Pitajaya.

A un par de kilómetros de Quiporito, cerca del caserío El Infiernillo, Nico Márquez bajaba de prisa para tratar de no mojarse con la gran tormenta que se estaba formando detrás de los cerros de Honduras. Él estaba seguro de que la lluvia caería en el caserío debido a las características de las nubes que se acercaban. La loma del mapache estaba como a dos kilómetros de distancia, y Nico regresaba de llevarle almuerzo a la milpa a su abuelo Catocho. De regreso a casa, los recuerdos del día que murió su madre acongojaban al niño cada vez que se encontraba solo por los caminos de Quiporito. A su tierna edad ya se sentía casi adulto, y lo que más le preocupaba era el futuro de sus hermanos, mas no tanto el suyo. Él no asistía a la escuela pues no había una cerca de Quiporito, sin embargo, con su inocencia dibujaba el futuro de sus hermanos y el suyo en las nubes grises que lo perseguían; y no le gustaba lo que miraba en ellas. Nico era un niño vivaz y lleno de energía, curioso y capaz de subirse a los árboles más altos, así como de pescar muchos cangrejos en el río Lempa. El cipote también era bueno para irse en cayuco a tirar la atarraya y atrapar muchos peces en La Chorrera del Guayabo. Nico era el mayor de cinco hijos que su madre había dado a luz desde que ella tenía trece años. Cuando Demetria fue asesinada,

él apenas tenía once primaveras, y la vida le había tratado muy mal desde hacía un par de años. Su padre también había muerto a la corta edad de diecinueve, cuando se cayó del palo de tamarindo que estaba entre la chácara de la señora Gertrudis y la de ellos. El papá de Nico murió cuando se encontraba bajando tamarindos para ir a vender al mercado. Él necesitaba unos centavitos para comprar medicinas para uno de sus hijos que no se lograba curar con los lienzos de agua caliente de hojas de cuyacuyá en el estómago, que le había recetado su vecina para rebajarle la hinchazón.

Ahora, Nico y sus hermanitos eran huérfanos y vivían con su abuela Catalina y el abuelo Catocho en una casita de bahareque cerca de Quiporito. Nico se sentía triste y desconsolado con mucha frecuencia. A su tierna edad se preguntaba por qué la vida era tan mala con él y sus hermanos, y le reclamaba a la naturaleza y a tata Dios por no haberlos protegido cuando ellos lo necesitaban, y por haberle quitado a su madre y a su padre tan temprano. A su corta edad, Nico ya había conciliado con su existencia la partida de su padre. Él lo vio caerse del palo de tamarindo cuando estaba cachando la fruta en un canasto. El niño vio con mucho miedo cuando la rama del palo cedió al peso de su padre, y ésta se vino abajo. David cayó de una gran altura, y murió casi de inmediato ante los ojos asustados de Nico, que lo vio dar sus últimos suspiros antes de cerrar los ojos en la despedida final. Nico aún seguía sin entender por qué unos hombres vestidos de verde habían llegado a matar a su madre. Tampoco entendía por qué muchas bombas explotaban cerca de su casa con frecuencia, pero comenzó a hacer preguntas y a poner más atención a lo que pasaba a su alrededor.

En una ocasión que Nico fue a pescar con Melitón, el hijo menor de doña Gertrudis, quien ya era un muchacho de dieciocho años, Nico le fue haciendo preguntas a lo largo del camino, hasta llegar al río Lempa, como a dos kilómetros de distancia. Melitón había tenido la suerte de vivir y estudiar en la ciudad de Suchitoto, y había aprendido mucho sobre el conflicto armado que se encontraba en apogeo en el país. Él había terminado su bachillerato en la ciudad y había regresado con mucho conocimiento sobre el acontecer nacional. También participó en actividades del movimiento revolucionario estudiantil de una forma limitada. Durante la larga caminata del niño y el joven, Nico pudo entender el porqué de las bombas, y hasta pudo captar con incertidumbre cómo era que su madre había sido asesinada. Ella fue acribillada por militares que la acusaron de ser colaboradora de la guerrilla, sin ella saber las razones para tal acusación.

El niño había encontrado en Litón a un aliado para informarse, y un amigo mayor a quien acudir para consultas de todo tipo. Litón era un muchacho blanco, alto y bien parecido, con fluidez comunicativa, quien sonreía con todo mundo y que también tenía cierto carisma que inspiraba confianza y amistad. Melitón era una mezcla de campesino y joven de la ciudad, pero amaba el campo, y al terminar su bachillerato había regresado a Quiporito para descansar un año, para luego intentar ingresar a la universidad. De cariño, todos lo conocían como Litón. Él tenía la intención de convertirse en doctor, pues soñaba con ir a curar a tanto enfermo que había en los lugares remotos, y que no podían pagar por tales servicios debido a su situación de pobreza.

Litón conocía la triste historia de la familia de Nico, y después de regresar de Suchitoto, él se dio a la tarea de

asegurarse que Nico, el mayor de los niños supiera que tenía un amigo y un protector. Quiporito ya era una zona de peligro desde hacía un par de años, y todos los residentes del caserío estaban conscientes de los peligros que vivir en el área implicaba. Litón con frecuencia visitaba la casa de don Catocho, como un acto de solidaridad con los niños y para intentar enseñarles a leer a Nico y a sus demás hermanos, pues ninguno podía ir a la escuela.

Quiporito era un caserío pequeño formado por doce casas sencillas de paredes de adobe y techos de tejas de arcilla. Las viviendas estaban esparcidas en un llanito, interconectadas por caminos de tierra, a pocos kilómetros de las faldas del cerro Iramón. Ese es el último rincón en el Este del norteño departamento de Chalatenango, casi en la línea limítrofe con Honduras. En un costado del caserío se encontraba un gran árbol de ceiba, y bajo la sombra de sus ramas estaba el pozo donde todos llegaban a traer agua para las necesidades del hogar. El pozo estaba rodeado de piedras lisas negras, y al fondo tenía pequeñas piedras y arena que le servían de colador para servir agua limpia y saludable. El agua salía de las entrañas de la tierra entre varias rocas próximas al árbol de ceiba. A un lado del pozo principal se encontraba otro pozo rodeado de tres piedras grandes con superficie plana, donde los habitantes del caserío lavaban la ropa y el nixtamal para las tortillas. Hermosas plantas florales, hierbas comestibles, insectos, ranas y lagartijas se beneficiaban de la benevolencia del agua que se esparcía por los dos desagües de los pozos. El camino hacia los pozos estaba en muy buena condición, y conducía desde el centro del caserío entre dos cercos de piedras negras y árboles de jiote que lo adornaban desinteresadamente. Las ramas de piel verde y cascarras

grises escamosos del jote las usaba la gente para hacer cruces y ponerlas en el patio de sus casas. Ahí las adornaban con frutas tropicales cada tres de mayo para celebrar el día de la cruz. Además, el jote crece muy rápido y se pega con facilidad, por lo que es muy usado como postes para cercas de alambre de púas, que luego se convierten en árboles. Muy cerca de los dos pozos estaba el palo de mango más grande del caserío. Bajo su sombra había varios troncos de madera y unas cuantas piedras donde la gente se reunía para convivir, o simplemente descansar bajo la fresca sombra. Quiporito estaba ubicado en una de las zonas que se había convertido en las más conflictivas del país. Cada día se iba tornando más difícil para sus habitantes vivir allí.

Demetria fue la primera víctima inocente de la guerra en el caserío, y todos los habitantes del pequeño lugar estaban repensando su futuro en este. La pobreza de sus pobladores no les permitía visualizar más que dos opciones, o tal vez tres, si la situación de seguridad se empeoraba. Una era abandonar Quiporito y moverse para alguna ciudad grande. Otra era quedarse hasta donde fuera posible, y tomar el riesgo de ser bombardeados por el ejército; y la tercera posibilidad era incorporarse a las fuerzas insurgentes, y correr riesgos adicionales al convertirse en enemigos declarados de las fuerzas gubernamentales.

La zona de Quiporito era propicia para las fuerzas insurgentes. El terreno se facilitaba para resistir ataques gracias a los cerros y montañas, y la abundancia de agua y demás recursos naturales que le favorecían a la guerrilla. Las incursiones militares intentando erradicar a las fuerzas insurgentes eran esporádicas, y no eran tan efectivas. Usualmente el ejército sufría muchas bajas en los combates

contra la guerrilla, y con frecuencia atacaban por aire y con morteros a larga distancia, los cuales no eran muy certeros.

Una mañana de agosto de mil novecientos ochenta y uno, pasó un grupo de guerrilleros por la zona, y además de pedir comida, anduvieron buscando voluntarios para unirse al movimiento guerrillero. A su paso dejaron propaganda con análisis político e instrucciones de cómo hacer para incorporarse a sus fuerzas insurgentes. Después de un rato, cuando el grupo de armados de la guerrilla ya se habían retirado, cayeron dos bombas muy cerca de Quiporito. Una cayó en la casita de don Agripino Márquez, la primera del caserío en el lado Este, no muy lejos de la frontera con Honduras, y la otra cayó exactamente en los pozos donde todos iban a traer agua y a lavar ropa y nixtamal.

El ejército había localizado a la columna guerrillera mientras pasaban por Quiporito, y en un intento por eliminarlos, estaban tirando cañonazos desde un punto estratégico que ellos tenían controlado temporalmente en la cúspide del cerro Iramón. Don Agripino andaba por la milpa a la hora de las explosiones, y como vivía solo, únicamente perdió un chancho gordo que tenía y el caballo que había dejado amarrado en el corredor de su casa. La muerte de los animales fue una gran pérdida para él, pues con la venta del tunco gordo pensaba hacer un dinerito, y el caballo era su medio de transporte de granos, leña y demás materiales.

Melitón fue el primero en llegar a la casa de don Agripino a inspeccionar los daños. Luego llegó Nico y casi todos los demás habitantes del caserío. Una vez vieron la destrucción en la casa, siguieron para el lado del pozo, y allí descubrieron que su fuente de agua había sido destruida. Todos estaban aturdidos por las explosiones y asustados

por lo que continuaba pasando a sus alrededores, y en el propio Quiporito. La destrucción del pozo tuvo un impacto muy grande en los aproximadamente sesenta habitantes del caserío. Después del momento inicial de miedo y enojo, llegaron las ideas de sobrevivencia, y el análisis de la situación desde varios puntos de vista de los sencillos pobladores. Ellos comenzaron a discutir cómo proceder después de los dos acontecimientos recientes, que nuevamente habían perturbado la paz del lugar que tanto querían.

Después de haber visto el daño, Litón se llevó a Nico con él, y se fueron a buscar a la milpa a don Agripino, para darle la mala noticia. El viejito ya regresaba del guatal, asustado por las explosiones cuando encontró a Litón en el camino. Don Pino, -como le decía la gente al anciano- primero se puso pálido, luego triste y finalmente enojado con los que habían causado su desgracia y la del caserío. Le disgustó mucho la destrucción de su casa y la pérdida de sus únicos dos animales, pero lo que más le disgustó fue la destrucción de los pozos. Esos pozos eran su obra de construcción más importante, y era su orgullo pasar limpiándolos cada mañana cuando iba para la milpa. Con mucho cariño y dedicación don Pino removía todas las hojas que caían en los pozos, y se aseguraba de sacar cualquier animalito atrevido que buscaba residencia en el agua. Don Pino siempre dejaba un guacal de morro sobre un tronco seco de palo de carao próximo a los pozos. Con el guacal sacaba dos veces a la semana toda el agua de los pozos para que estuviera lo más limpia posible. Cualquier problema que surgía en las vertientes de agua siempre era resuelto con la intervención de don Agripino, y él era la autoridad a respetar por todos en relación a los pozos. Además, las

fuentes de agua estaban en el terrenito que era de su propiedad, pero que él decía que pertenecía a todos los de Quiporito.

Don Pino era el fundador de Quiporito y decidió moverse a ese lugar cuando descubrió el nacimiento de agua cristalina bajo la ceiba, que ya era adulta desde hacía cincuenta y tres años. Cuando don Agripino hizo su casita en el lugar, y el esposo de doña Gertrudis, don Felipe Márquez –su hermano menor– llegó de Honduras a visitarlo, le gustó el lugarcito, y decidió radicarse allí junto con su esposa e hijos. Otros familiares y amigos se fueron enamorando del lugar, y así lentamente se había ido convirtiendo en el caserío que era ahora, varios años más tarde. Con el paso del tiempo, más gente llegó a poblar Quiporito, y don Agripino se convirtió en el líder natural de los habitantes del lugar. Cuando ya se encontraban varias familias viviendo en el caserío, don Agripino se convirtió en el narrador de pasadas, cuentos, anécdotas y leyendas; con lo que mantenía a los jóvenes y niños entretenidos por las tardes. Don Pino conocía todos los trucos de como curar dolores de estómago, males de ojo, diarrea, disentería, pispelos, picazones y demás males que aquejaban a los pobladores. También era experto en hacer cercos de piedra y de alambre de púa, además de saber cómo construir casas de adobe y de bahareque.

Quiporito se había convertido en un lugarcito rural acogedor, donde la gente vivía en paz, y a pesar de la pobreza nadie padecía de hambre, mucho menos de otros males emocionales y psicológicos sufridos en las ciudades. Las casitas de Quiporito, en su mayoría estaban construidas de la misma forma y estilo. Las paredes de las casas eran hechas de adobe, el techo se armaba con vigas y cuartones

de madera de la zona, y el tejado se sostenía con reglas de mitades de varas de bambú. Las casas tenían una habitación grande donde dormían todos, y a la par construían un cuarto pequeño, que era la cocina. El corredor era la parte abierta, y generalmente estaba sostenido por horcones de madera más sólida que resistía la humedad. Al cuarto de la cocina se le hacía una armazón de madera en forma de segundo piso, que se conoce como tabanco, donde se almacenaban los granos. El cuarto de la cocina por lo general era totalmente oscuro, y el humo causado al quemar la leña era el encargado de ahuyentar los insectos y demás bichos que atacaban los granos almacenados allí.

Cada casita tenía un pedacito de terreno en la parte de enfrente, el cual es conocido como chácara. Ahí se cultivaban vegetales, tales como güisquiles, tomates, matas de huerta, lorocos, achiote, albahaca y acapate. La chácara también se utilizaba para realizar tareas del hogar tales como bañarse, secar ropa, almacenar leña, y para mantener animales domésticos encerrados. También la usaban para hacer las necesidades biológicas de los habitantes de la casa, escondidos entre los arbustos.

El pozo de Quiporito era un nacimiento pequeño, pero con el paso del tiempo había aumentado la cantidad de agua, sin que nadie supiera cómo o por qué. La vertiente de agua abastecía a las doce familias de Quiporito y todos sus animales y plantas. Fue don Pino quien decidió hacer el segundo pozo exclusivamente para agarrar agua para lavar ropa, bañarse y lavar los granos y demás cosas. La otra fuente de agua más cercana era el río Lempa, pero esa agua no era tan limpia, y había que caminar un buen rato para llegar al río cuesta abajo. Regresar con los cántaros llenos

de agua cuesta arriba no era una tarea muy agradable. Por lo tanto, los pozos tenían un valor incalculable para los habitantes de Quiporito. Todos cuidaban la vertiente como un tesoro, pues eran la fuente de vida de la comunidad. Si el nacimiento de agua en el terreno de don Agripino no proveía agua, Quiporito quizá no podía existir.

Cuando Nico y Liton fueron a buscar al anciano a su milpa, él los vio a una corta distancia. Cuando ya estaba abriendo el falso para salir del guatal, casi gritando les dijo:

–¿Cipotes, saben qué fue lo que pasó con esos dos bombazos que sioyeron cerca de las casas? –les preguntó–. Yo oí dos cachimbazos bien fuertes en la dirección del caserillo, y otros más lejitos, que hasta hicieron temblar un poquito el suelo, pero desde la milpa no pude ubicar bien donde fueron las explosiones.

–Párese un ratito aquí en la sombra del almendro para explicarle que fue lo que pasó –le dijo Litón–. Nico y yo vinimos a buscarlo para que se vaya pal valle, porquihoy si nos jodieron los chafarotes.

–No mia’ sustés cipote –dijo el viejito–. Mejor decíme rápido que puercas pasó.

–Pues mire tío. Fíjese que temprano, como a las ocho pasó un grupito diunos veinticinco guerrilleros por el valle. Ellos pasaron pidiendo tortillas con frijoles, o lo que pudiéramos darles para comer, porque dijeron que andaban con hambre. Cuando pasaron, diuna vez dejaron propaganda para ver si estábamos interesados en incorporarnos a la guerrilla. Solo pasaron rapidito por las casas de arriba de Quiporito, y como en diez minutos ya se habían ido. Se

fueron comiéndose las tortillas en el camino, y ni siquiera se pararon un ratito para comerse las chengas. Los de la guerrilla se fueron por el camino de los pozos, y allí llenaron las cantimploras de agua y siguieron como que si iban para el lado de Nombre de Jesús. Fíjese que solo como la mitá de los guerrilleros llevaban fusiles, y los demás solo llevaban pistolitas y corbos viejos. Yo creo que los soldados del ejército que estaban en el puesto de la punta del cerro de Iramón los vieron con los binoculares que tienen, y los comenzaron a cañoniar desde'l cerro. Como quizás no tienen buena puntería, muchas de las bombas que les tiraron cayeron bien lejos de donde los guerrilleros iban. Pero fíjese que una de las bombas cayó en el mero corredor de su casa, y la destruyó completita. También murió su caballo y el tunco gordo que tenía amarrado en el palo de poshtas enfrente del corredor. Por eso es que Nico y yo vinimos a buscarlo, pa'darle la mala noticia –concluyó Litón. Un par de días después de que los hijos de Demetria se fueran con los abuelos, doña Gertrudis fue a cortar unas hojitas de acapate a la chácara de los difuntos Demetria y David. Allí encontró un huevo a la par de la única mata de huerta en la chácara de la casa abandonada. Ella aprovechó que su gallina Cupertina estaba clueca, y puso el huevo a encubar junto a los otros que la gallina recién estaba calentando. La señora marcó el huevo con un pedazo de carbón para diferenciarlo cuando naciera. Ella tenía la intención de poner el polluelo a reproducirse, para de esa forma intentar ayudar con algo a los niños huérfanos.

Pasaron tres semanas, y los primeros polluelos comenzaron a reventar el cascarón. Cupertina ya tenía seis pollitos blancos, pero aún estaba entero el huevo marcado con carbón, que no daba señales de vida. Siguiendo el instinto

de madre experta, la gallina le dio un picotazo al huevo, y algo comenzó a moverse dentro del cascarón. Cupertina dio otros picotazos, y finalmente, casi moribundo, el polluelo comenzó a sacar la cabecita con dificultad. La gallina terminó de quebrar el cascarón con dos picotazos más, hasta que emergió un polluelo que parecía estar muriendo, pero que luchaba por cada átomo de oxígeno para mantenerse con vida. Cupertina comenzó a abrir y cerrar sus alas rápidamente, ayudando al polluelo con más aire para que éste se pusiera en pie. Finalmente, después de unos cinco minutos, el pollito fue dando señales positivas de vida, y comenzó a dar los primeros pasos tambaleantes y píos píos débiles, pero prometedores.

Doña Gertrudis había estado observando desde su vieja banca, apoyada en la descolorida mesa, la lucha del polluelo por llegar al mundo de los vivos. La señora dio un suspiro de alegría cuando el pollito comenzó a dar los primeros pasos, y de una vez lo bautizó con el nombre de Juilín. Ella admiraba los peces conocidos como juilines, que son parecidos a los bagres, porque luchaban contra la corriente durante las tormentas, subiendo por los riachuelos turbios que desembocaban en La Chorrera del Guayabo. Cuando el agua de los riachuelos se secaba, los peces morían, y otros eran recogidos por los pescadores que sabían dónde encontrarlos después de las tormentas. Sin embargo, doña Gertrudis solo vio la parte valiente del juilín a la hora de nombrar al polluelo, sin analizar o importarle mucho el destino final del pez que se había ganado su respeto.

Varias semanas pasaron después del difícil nacimiento de Juilín, hasta que un día la señora Gertrudis al echarles chingaste a los pollos, comenzó a notar que Juilín era diferente a los demás.

–Achís, Juilín va’cer gallo –dijo la ñora Gertrudis para sí misma–. Yo querilla que juera gallina ponedora, pa’llevarle huevitos a los hijos de la difunta Demetria y el difunto Daví, pero este jodido salió Peperecho –concluyó con cierta desilusión.

El gallito fue creciendo bajo el cuidado de la señora Gertrudis y el conqueote de las seis pollitas que habían nacido con él, bajo el calor del cuerpo y las alas de Cupertina, la gallina sarada que les dio vida. Un día que Nico fue a pedirle prestada una libra de sal a doña Gertrudis, el cipote quedó enamorado del gallito que andaba persiguiendo a las pollitas pizpiretas entre las matas de huerta de la chacara de la mama Tutis –como los niños del caserío la llamaban de cariño. –Mama Tutis, ¿dionde se consiguió ese gallito quiuste tiene? ¡Qué bonito es el nimalito ese! Me gustan las plumitas coloraditas que le están saliendo,...y va ser bien charchudo cuando crezca, porque ya se le nota –dijo Nico–. Ese gallito bandido se mira como que’s bien listo y enamorado. Hay anda siguiendo a todas las pollitas por todos lados, queriendo subírseles.

–Hijo, ese nimalito tiene su historia, y es un secreto que yo tengo. Algún dilla te lo vua decir, tal vez cuando te lo dé. Pero hagamos un trato. Cada vez que vengás a la casa le conseguís unos gusanitos o cualquier granito qui’hallés en el camino o en tu casa, y cuando vos tengás trece años te lo vua dar. Si cumplís con lo de trerle comidita de vez en cuando, se va’cer amigo tuyo, y ya te va tener confianza cuando te lo dé.

–¡Me gusta el nimalito bandido! Si’usté quiere está bien lo del trato mama Tutis. Voy’estar muy agradecido si me regala el gallito –le dijo Nico.

–La ocurrencia no fue milla Nico, sino de Litón. Él fue quien me dio la idella, y yo le dije que sí. Le puse el nombre de Juilín cuando nació fijáte, pero unas veces le digo Poliya, por pícaro que’s.

–Que fello es ese nombre que le puso al gallito mama Tutis –dijo Nico–. Esos pescados juilines no me gustan. Bueno, si me gusta comérmelos porque son bien buenos. Pero fijese que cuando los agarramos en la quebradita de allá bien abajo por el cantón El Chunte, cerca del pueblo, son bien lisos, y cuesta agarrarlos hasta en las pocitas pachas. Esos pescados son verecos, porque se vienen nadando contra la corriente, solo pa’que nojotros los agarremos facilito cuando se quedan atorados en las pocitas, después que ya no hay mucha agua.

–Nico, es que vieras como luchó por nacer, y se me ocurrió que Juilín serilla un buen nombre, por lo que luchó pa’ vivir el nimalito –dijo mama Tutis.

–Yo le vua poner otro nombre cuando sella millo el gallito– dijo Nico–. Ya me voy mama Tutis. Mamita Lina dijo que muchas gracias por prestarle el poco de sal. Hay le vua trer de vuelta la sal cuando papita Catocho vaya a comprar a Nombre de Jesús el domingo que viene. Fíjese que ocupamos la sal pa’ salar un poco de pescado que Papita agarró en el Lempa. Hoy que los cinco bichos nos juimos pa’ronde los abuelos, ya somos más bocas pa’ tragar en la casa –dijo.

Los acontecimientos violentos que continuaban dándose en Quiporito, más la angustia de haber perdido a su madre, asesinada injustamente, iban convirtiéndose en sed de venganza en la mente ya casi adolescente de Nico. El niño

aún llevaba frescas en su cara angelical de once años las últimas caricias que su madre le diera varias semanas atrás, el día que ella fue asesinada por soldados de la Cuarta Brigada de Infantería de Chalate. Ella estaba acompañada de sus cuatro hijos cuando un grupo de soldados llegó a su casa buscando guerrilleros. Nico recordaba vívidamente el día que andaba buscando en la chacara de doña Gertrudis de Márquez el gallina pescuezo pelado para tocarla, para ver si tenía huevo. Él oyó las voces fuertes y amenazantes de hombres en su casa. El cipote se acercó con cuidado detrás de un matocho de zacate verde, y vio cuando los hombres obligaron a su madre a ponerse boca abajo, y le dispararon debajo del palo de tamarindo, enfrente del corredor de la casa.

Nico contuvo el llanto, y tan pronto los uniformados se marcharon, corrió a buscar a sus cuatro hermanitos menores. Ellos habían quedado llorando en el cuarto donde los habían encerrado los criminales antes de asesinar a su madre. Cuando regresó a casa, Nico tuvo que cortar con una cuma vieja la pita con que habían amarrado las argollas de metal donde ponían el candado en la puerta. En la casa de la señora Gertrudis, quien era su vecina, no había nadie cuando la madre de Nico fue asesinada. Ellos andaban por las cortas de caña en la hacienda La Toma de Aguilares, y no supieron sobre la tragedia hasta tres semanas después cuando regresaron. Los de las demás casas de Quiporito salieron huyendo cuando oyeron los balazos, y no regresaron hasta cuando consideraron que era seguro.

Nico sacó sus hermanos menores de la casa y se los llevó caminando por un kilómetro y medio hasta la casa de su abuela Catalina, que aún era bastante joven, y lucía bien

pollona. Más tarde, los vecinos y familiares de Nico recogieron el cadáver de su madre, la velaron, y al día siguiente la llevaron a enterrar al cementerio del pueblo. Al momento de morir, Demetria y sus hijos eran los beneficiarios del esfuerzo de su suegro, don Catocho. Él sembraba una gran milpa cerca del caserío El Infiernillo, de la cual abastecía a su nuera con todos los granos para alimentar a la joven familia sin padre desde hacía un par de años.

Después de la conmoción que las dos bombas causaron en los habitantes de Quiporito, don Agripino se fue a vivir al cuartito de media agua que había quedado vacío en la casa de Melitón, después de que su hermano mayor se fuera para Estados Unidos. Los habitantes del caserío reconstruyeron el área del pozo que destruyó la bomba, y nuevamente siguieron abasteciéndose de la deliciosa agua que surgía de las entrañas de la tierra de Quiporito. Esa agua, según don Agripino salía de una vena que venía desde el cerro Iramón.

Después de la destrucción de los pozos, cuatro familias del caserío decidieron abandonar el lugar, y se marcharon para la ciudad de La Nueva Concepción, donde el conflicto era menos intenso. Las otras familias se quedaron en el caserío, pero todos estaban contando los días que podían resistir el asedio del ejército y el constante peligro de vivir en una zona de guerra, donde no había ninguna garantía de protección de nadie. Para empeorar la situación, la guerrilla había sido vista con más frecuencia en los alrededores de Quiporito, y se sospechaba que ellos estaban estableciendo un campamento guerrillero en las cercanías. El terreno tanto al lado de El Salvador como de Honduras en esa zona

era un lugar casi perfecto para esconderse. Desde ahí se podía movilizar combatientes tanto para el volcán de Guazapa, cerca de San Salvador, como para los otros frentes de guerra que la guerrilla tenía en la zona Noreste, Central y Este del país.

Después del bombardeo de los pozos de Quiporito, Litón comenzó a tomar más en serio lo de convertirse en líder de su comunidad. Un domingo invitó a los habitantes que aún quedaban en el caserío, y les expresó que él pensaba que era mejor ir pensando en abandonar Quiporito. Los pobladores no sabían que hacer o para donde irse, así que le pidieron a Litón que les investigara cuales eran las opciones que ellos podían tener. Litón se comprometió con ir a Suchitoto, para averiguar con amigos las posibilidades de reubicarse en esa zona, al atravesar la presa hidroeléctrica de La Chorrera del Guayabo.

Como prometido, Litón buscó a alguien con una lancha para que lo transportara hacia Suchitoto, y de una vez le pidió permiso a don Catocho para llevar con él a Nico, para que se distrajera un rato y que conociera otro lugar. Ya habían pasado unos siete meses desde que Litón se graduó de bachillerato en Suchitoto, y muchas cosas habían pasado desde entonces. El lanchero les informó que el pueblo había sido atacado varias veces por las fuerzas insurgentes, y que en ese momento el ejército lo tenía vigilado por todas partes. Litón decidió de todas maneras tomar el riesgo, y fue a buscar a sus amigos. Desembarcaron en una playita en las cercanías del pueblo y tomaron la calle empedrada hacia el costado sur de la ciudad. Al recién caminar unos pocos metros, fueron detenidos por un retén de la guardia nacional; y después de interrogarlos por un buen rato los dejaron partir. Nico ya iba con mucho miedo, y si no hubiera

sido por el coraje de Litón, el niño no habría continuado. Finalmente llegaron a la casa de Josefina, una excompañera de bachillerato de Litón. Ella se reunió con él a solas en el corredor de la parte de atrás de la casa, y después de una larga conversación, los jóvenes se despidieron. Nico se pasó todo ese tiempo de espera hablando con doña Eduviges, quien disfrutó mucho las historias de Nico, y lloró junto a él cuándo escuchó todas las desgracias que le había tocado vivir a tan temprana edad. Antes de que los jóvenes partieran, doña Eduviges les sirvió un buen almuerzo, le dio diez colones a Nico, y se despidieron emotivamente.

En el camino de regreso a Quiporito, a Nico se le caía la saliva de las ganas de preguntarle a Litón sobre lo que había hablado con Josefina. Con esfuerzo se aguantó la curiosidad y esperó hasta que Litón se apiadara de él y le contara el resultado de su investigación. Melitón iba callado y un poco inquieto por todo el camino. Nico ya comenzaba a preocuparse porque su amigo había cambiado después de la conversación con Josefina.

Finalmente le dijo:

—Oiga Litón, ¿qué le dijo la Josefinita que lo dejó tan preocupado? Usté ya me tiene afligido con esa cara que lleva. ¡Ni la guardia lo asustó tanto! ¿Le dijo algo malo, o ella es su novia, y ya no quiere saber nada diusté? —preguntó Nico.

—Nombre Nico, no seas mal pensado, es algo peor que eso. La Josefinita ya casi es guerrillera, pero ni su mamá sabe todavilla. Ella está pasando los últimos días con su mamá, para luego incorporarse a la guerrilla de lleno. La chava me dijo que pronto voy a saber de ella, y que me iba a encontrar allá por el caserío. También me hizo prometerle que no le

diría a nadie, así que vos tenés que mantener el pico bien cerrado Nico. Tenés que prometerme que no se lo vas a contar a nadie, porque ya sabés que es bien peligroso y que hasta nos pueden matar a los dos por eso.

—Litón, de esta boquita no sale ni una palabra. Hasta ya me dio una idellita. La Josefinita y su mamá se mira que son muy buenas personas, y serilla bueno que nos viéramos con la Josefinita cuando ya seya guerrillera, pa' que nos lleve con ella.

—Nico, vos vas muy adelantado. Nosotros solo vinimos a buscar orientación sobre para donde podemos irnos, porque en Quiporito ya está muy peligroso vivir. Josefina no me pudo recomendar nada, pero me prometió buscarme en menos de dos meses para ver si me daba información de para donde nos podemos ir, o de cualquier otra opción, aunque sea la que vos andás pensando, d'irse con la guerrilla.

—Litón, es que yo traigo una espinita aquí en mi pecho desde que esos desgraciados mataron a mi mamá, y no se lo habilla dicho. Desde que la mataron, yo le prometí en silencio, debajo del palo de mango del pozo, enfrente de la cruz que puso don Pino el tres de mayo, que su muerte no se iba quedar sin vengar. Aunque seya con esos de ORDEN del pueblo me quiero desquitar, porque todos son lo mismo. Eso de que le maten la mamá a uno es triste, y yo no me vua quedar con los brazos cruzados como si nada pasó, Litón. Yo no vi quien de todos los desgraciados que llegó a la casa me la mató, pero me voy a desquitar con tantos de esos como pueda, para así poder vivir en paz —dijo Nico—. Pobrecitos mis hermanitos que se quedaron sin papá y sin mamá, y hoy yo tengo que hacerme responsable

de'llos, aunque los abuelos seyan los que rialmente los cuiden.

–Sí Nico, yo entiendo exactamente tu sufrimiento, y por eso es que siempre estoy con vos en todo lo que puedo, pero tenés que esperarte un tiempito. Yo te prometo que te voy a ayudar con ese trabajito que vos querés hacer, pero todavilla estás muy chiquito. Josefina también nos va ayudar. Yo le conté tu caso, y ella también se puso bien encachimbada.

–Litón, yo tantello que si tengo quihacerme guerrillero, ya puedo andar un fusil de esos grandotes negros. Yo no le tengo miedo a lo oscuro ni a nada diandar en el monte –dijo Nico.

Después de regresar de Quiporito, el día siguiente Litón se reunió con don Agripino y los demás del caserío. Litón no invitó a Nico a la reunión, para evitar que el niño saliera con alguna sorpresa que él no quería. Melitón no les dio todos los detalles, pero les dijo que tenían que prepararse para abandonar Quiporito a más tardar dentro de un mes. Él no había podido conseguir información sobre donde ellos podían reubicarse, pero les dijo que la mejor opción era irse para San Salvador. En la capital había más posibilidades de ganarse la vida, aunque fuera vendiendo algo en el mercado o en las calles de la ciudad.

Los ya pocos habitantes de Quiporito comenzaron a vender la mayoría de sus animales en el pueblo, y empezaron a seleccionar la mejor ropa para llevarse cuando partieran. Una semana después de que Litón y Nico regresaran de Suchitoto, don Agripino escuchó en la radio que la guerrilla

había atacado la ciudad de Suchitoto, y que después de tres días de combates, el ejército se había retirado, dejando el pueblo en poder de los insurgentes.

—¿Oíste lo que pasó en Suchitoto? —le dijo don Pino a Litón, cuando lo encontró con un cántaro de agua llegando a la casa.

—No, no oí lo que dijeron en el radio, pero y' hace tres días que oigo morterazos y grandes balaceras al otro lado de la presa. Desde la faldita del cerrito de don Tacho se ha de oír mejor, voy' ir en un ratito a poner atención.

Yo estoy preocupado por mis amigos de la escuela, y por mi amiga Josefina y su mamá, que viven allá —dijo Litón.

—Fijáte que en las noticias dijeron qu' está perro el bolado en Suchitoto —dijo don Pino—. Asegún yo entendí, los guerrilleros sacaron bien chipustiados a los soldados y los guardias del pueblo. Los del radio entrevistaron en San Martín a unas gentes, y dijeron que por allí pasaron unos soldaditos huyendo hasta sin fusil y sin zapatos.

—Le voy a contar tío Pino, pero no le vaya a decir a mi mamá, ni mucho menos a otra gente. Fíjese que yo oigo Radio Venceremos desde el cerrito de don Tacho —dijo Litón—. Yo me llevo el radio, me escondo en una parra de cusuco, y con la antena bien sacada capto la emisora. Yo pongo el radio bien quedito para que no me oigan, y allí fue donde oí lo del ataque de Suchitoto —concluyó.

—Mirá si no sos jodido bandido. Ese truquito yo también me lo puedo. Yo siempre oigo la emisora de los guerrilleros en la milpa, pero solo cuando descanso un ratito, pa' ponerme

el radio en la mera oreja, pa' que nadie me vaya oír. Porque si a uno lo cachan oyendo esa emisora, la gente dice quiuno es guerrillero, y cuando uno menos acuerda, llegan los de ORDEN o los de la guardia a plomasiarlo. Mirá como mataron a la finada Demetria los desgraciados, y eso que ella no hacilla más que cuidar la retagila de cipotillos, y no sabilla ni que carajos era la guerrilla. Solo por hacerle el mal la mataron a la pobre, y hay quedó el Catocho con el montón de muchachitos que le toca que mantener, aunque ya los mantenilla después que'l finado Daví se cayó del tamarindo –dijo don Pino.

–Por eso hay que tener cuidado con lo que uno dice y oye, y no confiarse de mucha gente tío Pino –le dijo Litón–. Mire, mañana voy'ir a su milpa porque quiero que hablemos de cosas más serias, para que me ayude a decirle a la gente que eso de que debiéramos de irnos de Quiporito es en serio. A mí me han contado información que solo le puedo decir a usted. Quiero que me diga que opina, porque se mi' hace que vienen días difíciles para nosotros muy pronto, y tenemos que prepararnos para irnos del caserío. Como a usted le tienen más confianza que a mí los que todavía están en el valle, le voy a pedir que me ayude con eso, para que no nos vayan agarrar desprevenidos y nos vayan a matar un día de estos –dijo Litón.

–Tenés razón cipote. Debemos de ponernos abusados, sino vamos a servir de carne de cañón un dilla de estos. Si querés andá mañana a la milpa pa' qui' hablemos bien, y nadie los oiga. Vos me ayudás a desyerbar un rato, y mientras trabajamos me decís todo lo que tenés que decirme –dijo don Pino.

Nico fue a visitar a la señora Gertrudis para devolverle el puño de sal que les había prestado, y no se olvidó de llevarle media libra de maicillo a Juilín, su nuevo amigo emplumado. Antes de llegar a la casa encontró al gallo rascando debajo de las hojas del palo de guaycume, y allí se quedó un rato echándole algunos de los granos de maicillo que llevaba. El animal parecía disfrutar de la compañía del cipote, y después de un rato ya estaba picoteando el maicillo en la mano de Nico.

—Hay jodido, ya te vas haciendo bien chero conmigo – dijo Nico con alegría—. Le vua contar a la mama Tutis lo que pasó, pa’ ver si sianima a dármele antes de la fecha que mia prometido –dijo para sí mismo.

En un acto de camaradería, el gallo decidió dar un corto vuelo y se tiró al hombro de Nico, que se encontraba sentado en el tronco seco de un palo de zapote. Juilín dio un par de quiquiriquís desde el hombro del adolescente, aleteó un par de veces y se tiró rápidamente para ir a seguir a una pollita pescuezo pelado que iba saliendo detrás de la casa.

—Buenos días mama Tutis –dijo Nico—. Aquí le traigo el poco de sal que nos prestó el otro dilla. Dijo mamita Lina que muchas gracias, que’staba muy agradecida por el favor.

—De nada hijo, mejor tí’hubiera dicho que no me la trajieras, porque hay tengo un montón de sal yo. Como ya no vamos a pescar, ni tenemos vacas, ya no ocupamos tanta sal.

—Fíjese mama Tutis que antes de llegar a su casa encontré a Juilín por el tronco del zapote, y me senté a darle un poco del maicillo que le traiba. Viera que’l gallo bandido ya es

bien confianzudo conmigo. Yo me puse a tirarle maicillito en el suelo, y cuando yo menos acordé ya me estaba picotiando en la mano, como si fuéramos cheros. Pero lo más chivo de todo fue que después se me tiró al hombro, y hasta se echó un par de quiquiriquís y dos aletellos en mi lomo. Pero fíjese que'l bandido es bien pícaro, y cuando vio la pollita pescuezo pelado que venilla saliendo detrás de su casa, se tiró de mi lomo bien rapidito pa' seguirla. El condenado ya querilla chinastiarla, pero la pollita salió corriendo bien chipustiada, y no se quiso dejar la bandida.

—Te digo que ese gallo va ser especial. El bandido es bien inteligente. Niun ratito deja de andar corriendo detrás de las pollas y de las gallinas viejas. Pero también es bien amigo y confianzudo con la gente, y hasta con los chuchos fijáte —dijo doña Tutis—. Nico, como creo que todos nos vamos a tener qu'ir de Quiporito, quizás te vua dar el gallo antes del tiempo que te habilla dicho. Si querés vení a trerlo la semana que viene, pa' que ya se vaya acostumbrando con vos.

—¿De verdá mama Tutis?

—Sí, te lo vua dar ya porque no sabemos pa' donde puercas nos vamos'ir, y yo no sé pa' donde ustedes se piensan ir tampoco. Con eso de que se está poniendo tan fello por todo Chalate, Melitón todavilla anda pensando, y no mia dicho nada de para donde piensa que nos vamos'ir. Ojalá que nos vayamos todos juntos, pero no se sabe. Creo que nos vamos a reunir el domingo que viene, y allí parece que don Pino y mi'hijo nos van a decir que han pensado. Y ustedes no me dijieron nada de cuando fueron a Suchitoto. Supuestamente Litón y vos iban averiguar si hallaban un

lugar para irnos, pero lo que Litón dijo el otro día en la reunión, ni lo entendí. Como que no sirvió de mucho la ida a Suchitoto, creo yo.

—Mama Tutis, viera que en esa ida más que nos asustó la guardia a l'entrada de Suchitoto. Nos registraron hasta debajo de la corrella esos babosos antes de entrar al pueblo, fíjese. Pues mire mama Tutis, yo estuve hablando con la mamá de Josefina en lo que Litón hablaba con ella, pero creo que no nos fue muy bien con la ida. Litón ni me ha querido decir nada de lo que habló con la amiga de él.

—Ya vas conociendo a mi'jo —dijo la señora Tutis—. Ese bandido siempre anda con secretitos desde chiquito, y no se los puede sacar uno, quizás, aunque lo torturaran. El jodido es más necio que su tío Agripino, y así era el papá también. Pero es bien buena gente y también es inteligente para todo, y por eso yo le tengo confianza. No sé qué se trayen él y don Pino, pero desde hace unos días solo son secretitos y reuniones. Yo solo los miro, pero yo sé que algo planellan.

—Ya me voy mama Tutis. ¿Entonces cuando vengo a traer el gallito?

—Vení a traerlo el sábado que viene. Hay te lo vua agarrar el viernes en la noche, pa' que ya tengás tu nimalito.

Después de reunirse Litón y don Agripino en la milpa para discutir sobre el futuro de los habitantes de Quiporito, ellos convocaron a una reunión en la casa de la mama Tutis. Allí les iban a dar a conocer lo que ellos estaban pensando sobre el futuro de todos en el caserío. Don Agripino, por ser el mayor y el líder del caserío, tomó la palabra para dirigirse

a cuarenta y tres adultos y veitium cipotes y cipotas que llegaron a la reunión.

—Gentes, Litón y yo hemos estado hablando varias veces para ver como pensamos nojotros que nos conviene con esto de la situación peligrosa que está debido a la guerra. Litón jue a Suchitoto pa’ ver si conseguilla alguna información, pero no pudo conseguir nada que nos sirviera. Él y yo hemos estado hablando y oyendo las noticias, y solo vemos como tres posibilidades: una es irnos pa’ Mesa Grande, en Honduras. Allí hay un refugio donde viven muchos salvadoreños que huyen de la guerra, pero dicen que’s bien fello y hasta peligroso. Otra cosa que podemos hacer, es que cada familia agarre sus tilichitos y se vaya pa’ donde crea que va sobrevivir lo mejor posible. La última oportunidadá es que nos jueramos con los de la guerrilla y andemos de campamento en campamento huyendo, como ellos andan. Ninguna de las tres nos gusta a nojotros, pero no vemos quiotra cosa podemos hacer. Como no tenemos pisto no podemos irnos pa’ donde se nos antoje —concluyó don Pino.

—Yo también quiero decir unas palabras —dijo Liton—. Tío Pino y yo nos hemos estado reuniendo, y lo que él dijo es lo que yo también pienso, pero hay algo más. Cuando yo fui a Suchitoto, yo hablé con una amiga, y ella me dijo que un familiar que tiene en la guerrilla le había contado algo que me preocupó. Me dijo que ellos tienen un campamento por aquí cerquita, y que piensan que el ejército está planeando un operativo grande para tratar de destruirles el campamento. Lo que quiero decir es que tenemos que tomar una decisión pronto, sino nos puede pasar lo que pasó en El Mozote, en Morazán, que hace poco el Batallón

Atlacatl mató a casi todos los habitantes de varios caseríos, que fueron como mil gentes.

Nadie tomó una decisión definitiva en esa reunión, y todo quedó en el aire. Algunos querían seguir intentando vivir en Quiporito y otros ya tenían ganas de irse.

El día siguiente, don Pino fue a recoger unos ayotes y a cortar lorocos a la milpa, y allí encontró huellas de que mucha gente había estado en el lugar. Le habían dejado el falso del cerco abierto y también encontró trillado el zacatalito donde cortaba pasto para su caballo recién muerto con el bombazo.

A un par de kilómetros del terreno de la milpa de don Pino había una quebrada muy poblada de árboles y muchas rocas grandes. Más abajo había unas cuevas profundas y otras formaciones naturales donde era difícil ingresar si uno no tenía una buena razón para hacerlo. Don Pino decidió seguir el rastro de los que habían estado en su milpa por un buen trecho. Pudo determinar que todos habían caminado hacia el área de las cuevas, pero ya no se atrevió a seguir su investigación.

—Se mia'hace que la guerrilla ya tiene campamento en la zona del Infiernillo —dijo don Pino para sí mismo—. Esas güellas que dejaron son como de ochenta gentes quian andado por hay —concluyó.

Don Pino regresó a la casa de su cuñada Tutis, y en seguida buscó a Litón para contarle su descubrimiento.

—Mirá vos Litón, fijáte que creo que ya sé dónde está el campamento de la guerrilla. En la milpa hallé un montón de güellas de gente que habilla estado en el zacatal, y seguí lo

trillado por un rato. Creo que todos salieron caminando para el lado del caserillo El Infiernillo. Allí es el lugar perfecto pa'cer un campamento –dijo don Pino.

–Pues ese es un buen lugar. Yo nunca he ido hasta la zona más escondida del Infiernillo, pero allí está medio jodido para llegar. A lo mejor anda con ellos alguien del caserío, que ha de conocer bien el terreno, y por eso se ubicaron allí –dijo Litón–. Pues esas son malas noticias, porque al rato lanza un operativo el ejército, y nosotros podemos salir muy mal parados. Ahora si ya vamos a tener que ir haciendo los tanates para abandonar las casas –concluyó Litón.

Pasaron unos cinco días después de la conversación con don Pino, cuando al recién anoecer, Litón oyó como que le tiraron piedritas a la puerta de su casa. Con mucha precaución salió para ver si lograba ver algo, y de repente, detrás de una mata de huerta, bajo la tenue luz de la luna, una voz le dijo suavemente:

–Litón, vení un momento.

Él reconoció la voz femenina, y lentamente se acercó a la mata de guineo.

–¿Cómo estás vos? Me da gusto verte de nuevo. Te dije que iba venir a buscarte, y aquí estoy. ¿Cres que podemos hablar un día de estos? –le dijo Josefina.

–Sí, ¿dónde nos vemos?

–Pues me han prohibido decir lugares y horas exactas para reuniones, pero digamos que yo te voy a buscar. Vos

simplemente está alerta, que en cualquier rato llego donde vos estés. Por razones de seguridad, ¿me entendés verdá?

—Sí, no te preocupés, yo voy estar pendiente. ¿Y cómo estás vos cipota?

—Bien, ya aquí de lleno en la lucha, como te había dicho. Bueno, dame un abrazo antes de irme. Hay te busco pronto —le dijo Josefina antes de marcharse en la oscuridad, junto a otros armados que le acompañaban.

El sábado en que Nico recibiría su gallo llegó. El cipote se levantó más temprano que nunca para ir a traer el gallo donde la mama Tutis. De prisa se puso sus viejos zapatos burros de cuero. Agarró su cebadera de pita que colgaba de una vara en el corredor. Luego se puso el sombrero viejo, tomó su güira de encima de la piladera, y se marchó a recoger el animal que ya era suyo, y que a partir de ese sábado sería su responsabilidad.

—Buenos días mama Tutis, ¿cómo amaneció hoy? Fíjese que me vine tempranito a traer a Juilín porque no seya que más tarde usté vaya a salir pa' algún lado y no la halle —dijo Nico—. Pues ya vengo listo pa' llevarme el nimalito aquí en mi cebadera, pa' que no se me vaya escapar.

—Como te lo prometí, aquí lo tengo ya listo pa' que te lo llevés. Anoche lo agarré cuando estaba dormido en el tapesco, y fijáte que ni siquiera aletió queriendo escaparse. El jodido como si supiera que vos lo ibas a venir a traer —dijo ñora Gertrudis—. Yo no sé qué vas hacer con el gallito cuando se vayan de Quiporito.

–Ustedé no se preocupe por eso mama Tutis. Este nimalito yo me lo vua llevar pa’ donde nos vayamos. Yo no pienso que nos vamos’ir pa’ la ciudad. Pero pa’ donde seya que nos vayamos yo me lo vua llevar, aunque nos toque irnos par’un campamento de la guerrilla.

–Nico, ¿cómo te ponés a crer que te van a dejar llevarte un gallo par’un campamento de la guerrilla, si ustedes se fueran para allí? Litón mia dicho que en los campamentos la gente tiene que andar lo más calladita posible. Y también dice que la gente encampamentada no puede andar animales, porque cuando les toca irse en guinda, hay veces que dejan todo tirado pa’ salvar la vida. Según Litón, a él le han contado que en veces los del ejército les cayen de sorpresa, y en las grandes balaceras no les queda chance de llevarse nada. No hay tales de que te van a dejar que tengás un gallo allí vos.

–Yo solo decilla mama Tutis. Papita Catocho todavilla no ha decido pa’ donde nos vamos’ir. Como somos un montón de cipotillos, los abuelitos nuayan como hacer, pero de seguro que algo vamos a tener quihacer. Yo le digo a papita y a mamita que nos vayamos pa’ la guerrilla. Yo quiero ir a peliar pa’ vengar la sangre de mi mamá. A mí me gustarilla agarrar un fusil para ir a echarme unos cuantos de esos botudos que la mataron.

–No hablés así Nico, vos sos un niño todavilla. Horita mejor lleváte el gallo, y cuando nos toque irnos de Quiporito, hay venís de una carrerita y me decís que vas hacer con el nimalito. Pero todavilla me falta una parte de lo que te prometí. Acordate que te dije que tenilla un secretito sobre el gallo.

–Si mama Tutis, ya se mia habilla olvidado lo del secreto suyo. Cuéntemelo pa’ que cumpla con el trato.

–Pues mirá Nico, fijáte que ese gallo nació de un huevo que yo encontré en la chacarita de tu casa, cuando ustedes recién se habillan ido por lo de la muerte de tu mamá. En esos dillas yo andaba siguiendo una de mis pollas cuando vi un boladito blanco entre unas hojas secas de huerta. Como yo no tenilla ninguna gallina ponedora en esos dillas, de seguro que’l huevo ha de ver sido de la gallinita copetona que Demetria tenilla. Te acordás que ya estaba poniendo, y los dejaba tirados por todas partes.

–Si mia acuerdo de esa gallinita. Fíjese que se la comió un tacuazín cuando la llevamos donde los abuelos. Al palo de morro llegó el nimal condenado, y de allí se la llevó.

–Puesí, nuabillan mas gallinas que pusieran huevos. Entonces como en esos dillas la gallina Cupertina milla estaba culeca, y yo le habilla puesto unos huevitos comprados a calentar, se mio ocurrió ponerle el huevo que hallé en tu casa. Fijáte que yo pensé que a lo mejor salilla una pollita; y cuando creciera y comenzara a poner huevos, yo tantiaba llevárselos a ustedes pa’ que comieran. Cuando puse el huevo a calentar, pa’ no confundirlo le hice una marca con un pedazo de carbón, pa’ saber cuál pollito era cuando naciera.

–¿Deberas mama Tutis?

–Entonces lo que te quiero decir Nico, es que ese gallito siempre fue de ustedes. Yo lo puse a encubar y lo cuidé para vos, como un recuerdo de tu mamá. Ahora espero que lo

apreciés más, pues ese gallito es como si fuera la herencia que ella te dejó.

—Púchica mama Tutis, por eso yo la miro a usted como si fuera mi otra mamita, porque siempre nos ha cuidado —dijo Nico—. Con todo eso que me dijo, hoy si vaa a cuidar más el gallito. El nimalito va ser como mi protector y mi amigo. Va ver que lo vaa tratar de educar pa' que ni siquiera grite sus quiquiriquí, pa' ver si lo puedo andar conmigo por todos lados.

—Debieras de preguntarle a don Pino. Él sabe muchos trucos sobre animales. Tal vez él te dice cómo lograr que'l gallo no cante, pa' que te lo podás llevar con vos hasta pa' los campamentos de la guerrilla, si no hallamos otro lugar pa' donde irnos dentro de unos días —dijo mama Tutis.

Litón se había olvidado por unos días de la situación de inestabilidad en la zona de Quiporito. Él se había enfocado en cuidar la milpa que había sembrado en la planicie que lindaba con el municipio de La Virtud en el departamento de Lempira, en Honduras. En la milpa había un palo de conacaste en el cerco de alambre de púa que tenía la mitad del tronco y sus raíces en Honduras y la otra mitad en El Salvador. El viejito Filiberto era el dueño de la milpa en el terreno del lado hondureño, y había sido amigo del papá de Litón y de don Pino por mucho tiempo. Para ellos la frontera no existía, y todos se movilizaban entre ambos países con plena libertad. Los salvadoreños realizaban todo tipo de transacciones en Honduras, y los hondureños hacían lo mismo en El Salvador. Losos de amistad y familiares han existido desde los tiempos de la colonia española y desde mucho antes de que existieran las fronteras. Las vacas y

demás animales domésticos de las casas de los caseríos en la frontera deambulaban libremente en ambos territorios.

—Yace dillas que no te miraba Litón —le dice don Filiberto al muchacho—. Yo pensé que por lo fello de la guerra a lo mejor ya se habillan ido de Quiporito, y yo estaba a punto de comenzar a cuidarte la milpa, pero me dio miedito meterme en El Salvador.

—¿Cómo está don Filiberto? Si, ya hacilla días que no nos mirábamos. Es que hemos tenido problemas por lo de la guerra, y por eso ha estado más complicado andar por acá. Fíjese que los del ejército nos borbandearon las casas el otro día, y le destruyeron la casita a tío Pino, y también cayó una bomba en el pozo.

—Ya me habillan dicho lo de los bombazos. Eso de la guerra está perro allí en Chalate. ¿Y porque no se vienen pa' La Virtú vos? Aquí nuay problemas. El ejército hondureño anda por todos lados, pero dicen que solo pa' que la guerrilla del Salvador no se pase pa' este lado —dijo don Filiberto—. Allí en mi casita tengo campo para vos, tu mamá y el viejo Agripino. Mi mujer se pondría contenta de que la niña Gertrudis viviera con nojotros. Yo ya le dije a Pino que se venga, pero el viejo es más necio que yo, y él dice que se quiere morir en Quiporito, porque ese es el lugar que él fundó. Debieras de ayudarme a convencerlo pa' que se venga pa' la casa. Él ya está muy viejo pa' que ande huyendo en esos cerros, si la cosa se pone más fella en el caserillo. Yo le digo que aquí en mi casa es casi como estar en Quiporito, y quiahasta de vez en cuando puede ir a darse una vuelta cuando no esté tan peligroso.

–Usté ya sabe cómo es tío Agripino. Es más necio que nadie. Hasta quiere hacerse guerrillero. Está bravo porque los del ejército le destruyeron el pozo y le mataron su caballito y su tunco gordo con el bombazo. Yo no creo que se vaya para La Virtud con usted. Hay vamos a estar en contacto don Filiberto. Si necesitamos de su ayuda lo vamos a llegar a buscar por su casa, para que nos dé una manita.

–Si hombre Litón, solo vénganse con sus tanatillos. Vos sabés que par’eso somos amigos. Aunque seya a tu mamá hacé el intento de mandar pa’ la casa, pa’ que esté más segura.

Litón regresaba a Quiporito con un montón de ideas y preocupaciones sobre su futuro y el de los demás del caserío. Le preocupaban su madre, su tío Pino, Nico y

todos sus hermanitos, y los demás amigos de su infancia. También llevaba en sus pensamientos a Josefina, que aunque él no quería aceptar, siempre le había gustado desde que fue su compañera de escuela. Él nunca había tenido suficiente valor para expresarle sus sentimientos reales a la joven, pero siempre tenía la esperanza de hacerlo. El hecho de pensar que andaba cerca de su casa, pero que andaba usualmente rodeada de hombres desconocidos, le inquietaba y le quitaban el sueño con frecuencia.

El muchacho iba sumido en sus pensamientos en el camino de regreso a Quiporito. Él estaba convencido de que su futuro ya estaba trazado. Solamente tenía que figurarse como hacer con su mamá y también con don Agripino, que se le estaba adelantando a sus planes. Mientras sus ideas iban y venían, él caminaba pelando un mango al mismo tiempo que avanzaba lentamente en el camino entre el

zacatal. Litón abrió el falso del potrero de don Eustaquio Serrano y avanzó entre el marañonal de la señora Juana Linares. Cortó unos pocos marañones para hacer fresco al llegar a la casa y asar las semillas. Cuando iba saliendo al otro lado del terreno, detrás del cerco aparecieron unos hombres armados que le pidieron que se detuviera. Uno de ellos lo amarró con un pañuelo para cubrirle los ojos y le dijeron que se tendría que ir con ellos. Litón se asustó bastante, y estaba pensando cómo iba a librarse del apuro. Pensó en Josefina, pero no estaba seguro si los hombres eran guerrilleros o del ejército, así que se mantuvo callado por un momento. Cuando Litón ya estaba realmente preocupado, sintió la suave mano de una mujer que le rosó el cuello y dándole un pellisconsito le dijo:

—¿Cómo estás Litón, te me andás escondiendo o ya no me querés ver?

Litón sintió un soplo de alivio. Se quitó el pañuelo que le habían puesto para cubrirle los ojos, y con una sonrisa tímida le dio un abrazo prolongado a Josefina.

—¡Fina sos mala vaa bicha! No me andés asustando tan feo vos. Ya se me estaban doblando las piernas del susto que me dieron. Yo pensé que ya me habían caído los chafarotes, y no hallaba que hacer. Me las vas a pagar vas a ver jodida —le dijo el muchacho, dándole otro abrazo con un interés que antes Josefina no había notado.

—¿Y cómo te las voy a pagar? Yo tengo fusil y vos no... jejeje —se ríe Josefina.

–No se te quita lo pícara, vaa cipota –le dice Litón–. Me voy a guardar esta bromita fea que me hiciste, y te la voy a cobrar cuando menos pensés un día de estos.

Josefina y sus acompañantes –que se encontraban haciendo vigilancia– oyeron un ruido un poco adelante del camino, y se escondieron detrás del cerco de piedra. Un minuto más tarde apareció don Agripino, caminando con su típica calma por el enzacatado camino. Litón fue el primero en verlo y luego Josefina. A la muchacha se le ocurre hacerle la misma broma que le hizo a Litón, y envía a dos de los hombres a detenerlo. Don Agripino les sale bien enojado y conflictivo, y les tira trompones a los que lo están tratando de someterlo. Además, trata de escaparse corriendo entre el zacatal, pero los muchachos lo atrapan rápidamente.

Finalmente, cuando ya lo tienen bajo control, Josefina se le acerca sin que la vea. Le hace cosquillitas en el cuello y le soba la cabeza gris suavemente. Don Pino se enoja, y Josefina tiene que revelársele.

–Muchacha condenada ésta. Tenillas que ser vos jodida traviesa –le dijo–. No miandés haciendo estas bromas fellas, que me vas a matar diun susto. ¡Que no ves que ya’estoy viejito, y me puedo morir de un patatús!

–Don Pino, Litón me dijo quiusté ya está listo pa’ venirse con nosotros para el campamento –le dijo Josefina.

–Yo no le dicho nada tío Pino, –le dijo Litón –Esta cipota pícara se lo ha inventado.

–Fijáte que ya soy guerrillero. Vos ya no necesitás reclutarme –le dice don Pino a Josefina.

—Yo tengo dillas de colaborar con tu comandante. Es más, Chalón me ha dicho que si me porto bien, que te va decir que seyas mi novia —le dice don Pino con una gran carcajada.

—No joda don Pino, yo no necesito novio. Yo ya le eché el ojo a un guerrillero que todavía no es tan guerrillero —dice la muchacha, mientras se apoya en su fusil M-16 contra el cerco de piedra, y mira a Litón disimuladamente.

—Bueno Litón y don Pino, yo los andaba buscando y les hice esas bromitas porque quiero avisarles que la cosa se va poner fea dentro de unas dos semanas en toda la región —dijo Josefina ya en serio—. Nuestras fuentes nos han avisado que dentro de pocos días el ejército va a lanzar una gran ofensiva en la zona noreste de Chalate y Cabañas. Ahorita están en la parte de planeación, pero es posible que ya anden por la zona algunas de sus unidades de vanguardia explorando el territorio. Es urgente que todo Quiporito sea evacuado para evitar que sean víctimas directas o indirectas. A los que quieran irse con nosotros son bien recibidos, pero aquellos que piensen que la guerrilla no es un asunto para ellos, es recomendable que busquen otros lugares para reubicarse. La ofensiva del ejército se cree que va ser bastante fuerte, y no es recomendable esperarse a que el mero deschongue se venga para comenzar a buscar donde irse. Yo diría que ustedes hablen con los del caserío hoy, o a más tardar mañana, para que vayan preparando las cositas para llevarse. Una opción es irse para Honduras, si ustedes tienen amigos y familiares por allí nomasito, al otro lado del cerro.

—¿Y vos Litón que pensás hacer?

–Pues yo ya decidí. Ve preparándome mi fusilito para la semana que viene. Solo quiero asegurarme que la gente del caserío esté a salvo para venirme con vos.

–¿Y usted don Pino, para donde va salir?

–Pues yo me vuir con ustedes. Yo desdiace dillas que hablé con Chalón, y él ya me tiene tarellas asignadas desde hace tiempos.

–Oye Litón, ¿y que va pasar con Nico y sus hermanitos? A mí me cayó muy bien el niño cuando lo llevaste a la casa en Suchitoto. Yo le prometí ayudarle, pero pa’ decirte la verdá, no sé cómo.

–Pues yo oí que don Catocho y la señora Catalina se van a llevar todos los niños para Honduras, pero que todavía no están seguros. Yo también oí a don Catocho decir que le daban ganas de irse al campamento de ustedes. En Honduras parece que tienen un familiar en Lempira, en el municipio de Candelaria, y creo que si se van, se irían para allí. El único problema es que Nico ha estado necio que quiere incorporarse a la lucha. Él está muy chiquito, y apenas tiene doce años, pero el cipote insiste en que él ya está suficiente grande. El bandido es listo y no tiene miedo, además de estar bravo porque le mataron la mamá.

–Pues él puede unirse al grupito de niños mensajeros que tenemos. Esos niños son muy útiles para nosotros, y si él está dispuesto, creo que lo podemos traer. A mí me cae muy bien el Nico bandido. Mi mamá quedó enamorada del niño desde que vos lo llevaste al pueblo.

–Bueno, voy hablar con don Catocho y la abuelita de Nico, para ver que dicen. Yo no quiero tomar esa responsabilidad, porque ya sabemos los peligros de la guerra, y todo lo que la familia de Nico ha sufrido.

En el recién establecido campamento de las Fuerzas Populares de Liberación, en la jurisdicción del caserío El Infiernillo, el ambiente se estaba poniendo tenso. Los niños mensajeros acababan de entregarle a Chalón un mensaje del tercer anillo de postas al cargo de Chepe Puterías. Habían detectado un grupo de exploradores, y sospechaban que eran la punta de avanzada de la invasión que ellos estaban esperando. Los doscientos civiles y ciento veinticinco militantes armados tendrían que actuar rápido para enfrentarse al Batallón Arce que esperaban en la ofensiva.

Un grupo de varios guerrilleros comenzó a preparar a los civiles para enviarlos hacia los cerros de Arcatao. Hasta esa zona se suponía que no llegaría la invasión, según la información que ellos habían recibido. Mientras eso pasaba en el campamento guerrillero, en Quiporito ya se hacían los preparativos para desalojar el caserío. Don Catocho y la señora Catalina ya tenían la ropita de sus nietos lista en tres sacos de manta. También tenían amarradas dos gallinas ponedoras, y Nico se había hecho cargo de amarrar el gallo que le había dado la mama Tutis. La vieja mula de don Catocho ya estaba ensillada, y solamente estaban esperando por el resto de gente del caserío para comenzar su caminata hacia el campamento guerrillero.

En la casa de la doña Tutis, don Agripino y Melitón estaban terminando de echar comida y un poco de ropa en cuatro cebaderas grandes. La mama Tutis preparaba unos guacales

de plástico y otros tarantines para llevarse. Todos los de Quiporito habían decidido moverse al campamento del Infiernillo, donde Chalón ya les esperaba con lo poco que les podía ofrecer, que eran la protección de sus fuerzas guerrilleras en la medida de lo posible. Sin embargo, lo que no sabían los de Quiporito era que al llegar, ellos tendrían que abandonar el campamento dentro de poco tiempo. Tendrían que marcharse con el grupo que se dirigiría hacia las montañas de Arcatao, para tratar de evitar bajas civiles en los anticipados combates con el ejército salvadoreño.

Don Pino se llevó su escopeta vieja y su pistola calibre treinta y ocho especial, además de la alforja con sus cositas básicas y dos mudadas. Melitón iba cargado con los utensilios de cocina de su madre, dos cebaderas llenas de ropa, algunas fotos y otros recuercitos que la familia guardaba celosamente. Todos habían acordado reunirse en los pozos del caserío para emprender su viaje como a una hora cuesta abajo, hacia las afueras del caserío El Infiernillo, donde las FPL tenían su campamento. Ya eran las seis de la tarde, y con el menor escándalo posible, estaban listos para partir del caserío que tanto querían, dejando casi todo, excepto las cosas menos pesadas y más indispensables. En todas las casas quedaron los muebles rústicos, las piedras de moler, el granero, la piladera, bancas de madera, camas de pita y tijeras de lona.

Una por una, las familias de Quiporito se dirigieron a los pozos del caserío. Unos llevaban gallinas, otros llevaban su caballo cargado, y todos llevaban la tristeza de tener que abandonar el caserío para intentar proteger sus vidas.

Don Agripino y Melitón fueron los primeros en iniciar la caminata a las seis de la tarde, cuando ya estaba un poco oscuro. Melitón iba sereno y don Agripino parecía ir

contento por la nueva aventura que él anticipaba. Nico caminaba en la parte de atrás del grupo, pero iba buscando alcanzar a Melitón para recordarle que él tenía la intención de incorporarse al movimiento guerrillero. Finalmente, Nico alcanzó a Melitón y a don Agripino. El niño llevaba su gallo pichón dentro de la cebadera, y también llevaba un costal de yute con ropa y otras cositas de sus hermanos y suyas. Ya habían avanzado una media hora en el camino del guatal de don Agripino, cuando de entre los árboles apareció un grupo de guerrilleros liderado por Josefina. Ella se secretó brevemente con Melitón y don Agripino, y luego cinco de ellos se pasaron a la retaguardia del grupo y otros cinco partieron en la vanguardia, protegiéndolos.

Llovía tenuemente en el oscuro atardecer en las afueras de Quiporito, camino hacia El Infiernillo. El grupo avanzaba con calma en los pedregosos caminos que conducían al campamento comandado por Chalón. El lugar estaba ubicado a la orilla de la quebrada El Avispón, en el caserío El Infiernillo del municipio de Nombre de Jesús. El grupo pasó a lo largo del cerrito del Comal Quemado, y al llegar a la hondonada entre el cerro y la quebrada, tomaron una vereda entre la abundante vegetación. Finalmente, el grupo llegó al segundo anillo periférico de seguridad del campamento, luego pasaron el primer anillo de seguridad hasta que llegaron al puesto militar y de refugiados civiles. El escondite estaba ubicado a lo largo de una meseta a la orilla de la quebrada, rodeado de peñascos negros en ambos lados.

El grupo de Quiporito fue recibido con alegría y café caliente en el campamento. Las muchas estructuras improvisadas hechas de plásticos, lonas, tapexcos de madera, hornillas y

sacos de granos; además de las armas y municiones, llamaban la atención de los visitantes. El ir y venir de mucha gente bajo la tenue iluminación de candiles, lámparas Coleman y una que otra fogata, parecían darle un ambiente celebratorio al lugar. Los campesinos de Quiporito se sentían cómodos en ese ambiente pues resembleda la vida nocturna en el caserío.

Melitón y don Agripino eran considerados los representantes del grupo por parte de los líderes guerrilleros. Al llegar, Chalón y Josefina se reunieron con ellos para discutir cual era la situación militar en la zona. También les hablaron de los planes de defensa, así como del riesgo y las demás implicaciones del nuevo estilo de vida que les esperaba. Nico estaba muy emocionado de ver tanta gente, y él sentía como si el campamento era un lugar de fiesta en ese momento. Había varios niños de su edad y aún más jóvenes en el campamento. Algunos de los guerrilleros que estaban en el lugar andaban uniformados, y él ya se miraba usando un uniforme verde olivo como el que los combatientes estaban vistiendo. A lo largo del campamento, mucha gente ya estaba preparándose para dormir debajo de las tiendas de plásticos y lonas. Para evitar mojarse, muchos habían puesto ramas y varas de bambú, para luego hacer sus improvisadas camas, de forma que el agua pasara sin mojarles las espaldas mientras dormían. Nico se sentó en un tronco junto a una hornilla donde una señora echaba tortillas. El aún llevaba su gallo en la cebadera, y estaba en el lugar por una razón. Él sabía que su gallo tenía hambre.

—Buenas noches señora, —le dice Nico— fíjese que nojotros somos de Quiporito y acabamos de llegar, y querilla saber si

usted me puede regalar un poquito de masa para mi gallito. Fíjese que ya ha de tener hambre, porque el maicillo que traibamos lo perdió en el camino mi abuela.

—Cipote, para que te trajiste ese gallo, aquí te van a regañar o no te van a dejar tener ese animal. Pero te vua dar un chirustillo de masa pa' que coma el nimalito hoy.

Aquí en el campamento no se pueden tener animales porque no hay suficiente comida ni para la gente, y porque cuando hay guindas, uno apenas puede salir corriendo pa' salvar el pellejo. Ya vi que ustedes trayen chuchos, gallinas y varios tiliches.

—Nojotros trajimos todo lo que pudimos señora.

—¿Y cómo te llamás vos cipote?

—Yo me llamo Nico Márquez, ¿y usted como se llama doña?

—Yo soy Chinta, ese es mi nombre de guerra. Soy la encargada de la cocina del campamento. A mí me toca hacer comida para todos aquí. Pero no creas que hago la comida yo sola. Aquí todos me ayudan con algo. Unos cocen el mais. Otros muelen el nixtamal, y otras mujeres me ayudan echando las tortillas, y haciendo cualquier cosita pa' conqué. Nojotros hacemos comida de lo que haiga, porque no tenemos el lujo de tener mucho de donde escoger. Hay vos vas'ir aprendiendo como es la vida en los campamentos —dijo Chinta a Nico—. Pero yo creo que ustedes solo van a pasar poquito tiempo aquí. A mucha gente la van enviar pa' la zona de Arcatao, pa' tratar de evitar bajas en la ofensiva que nos van echar dentro de poquito.

–Pues yo voy a ver si me quedo de guerrillero –le dice Nico a doña Chinta–. Yo soy amigo de Josefina, y ella me prometió ayudarme desde yace dillas, cuando estaba en Suchitoto.

–Ah vaya, ella es la segunda encargada del campamento. Si sos chero con ella tal vez la podés convencer –dijo Chinta–. Pero eso de ser guerrillero no es así de facilito cipote. La cosa no es como quien dice yo quiero ser guerrillero, y ya te dan un fusil para que vayas a tirarle balas a los cuilios. Para que te hagás miliciano te va tomar su procesito. Probablemente primero tenés que ser correo, aprender a leer y a escribir en claves, y aprender lo de la política. También tenés que aprender las técnicas de combate y hacer ejercicio. Hay un montón de cositas que vas aprender aquí. Cuando los encargados crean que estás listo, entonces tal vez te den un tu fusilito -dijo Chinta.

Después de haber pasado la noche, temprano en la mañana había mucha actividad en el campamento. Los milicianos se levantaban temprano a hacer ejercicios, y los postas continuaban relevándose sin parar las veinticuatro horas. Ahora más que nunca era importante estar alerta, pues ya sabían que el Batallón Arce se encontraba en las afueras de la ciudad de Chalatenango. Según informes de inteligencia, traían como objetivo intentar desarticular campamentos guerrilleros en el noreste de Chalate. Sería cuestión de un par de días para que todo el batallón estuviera en los alrededores, pero las unidades exploradoras probablemente ya andaban acechando por la zona. También unidades de exploradores del campamento andaban tratando de localizarlos antes de que ellos los localizaran.

La guerra es como un juego del gato y el ratón. Uno buscando al otro, viendo quien toma ventaja de encontrarse primero para defenderse o atacar con más ventajas. Así es la guerra, una constante lucha por engañar al enemigo, para hacerlos caer en trampas y emboscadas con el propósito de eliminarlo. Todas las guerras de la humanidad han sido y continuarán siendo así, un juego de quien es más listo para llevar la mejor partida en la batalla.

Nico y sus hermanos se levantaron temprano de su improvisado dormitorio bajo un árbol de almendro. Cuando él se levantó, su abuela Catalina ya se encontraba ayudando en la cocina, igual que la doña Tutis. Melitón se encontraba tomándose una taza de café junto a Josefina, y don Pino estaba afilando su corvo, sentado en una piedra.

Josefina vio a Nico, y lo llamó.

—Nico, vení —le dijo—. ¿Cómo dormiste chamaco picarón? Ya me dijeron que andás bien armado con un gallito copetón. Por eso en la mañanita yo oí el quiquiriquí de un gallo, pero yo pensé que estaba soñando. Vas a tener que contarme que planes tenés con el gallo. ¿Qué tal si lo hacemos sopa un día de estos? Se me hace que una sopita con arroz y chipilín nos saldría bien rica —le dijo.

Melitón, quien estaba escuchando la conversación, se sonrió levemente, y decidió intervenir en la plática.

—Fina, este cipote no va dejar que hagás sopa con el gallo. Ese animalito es muy valioso para Nico —le dice Litón. Además, mi mamá se lo crió y yo lo cuidaba cuando estaba chiquito.

—¡Que pachita estaba el agua vos Litón! Pues no sé, pero tenemos que hacer algo con ese famoso gallo guerrillero. Yo soy la responsable por el funcionamiento interno del campamento, y si Chalón me reclama por el gallo, yo voy a tener que hacer lo que él me diga —dijo Josefina—. El problema no es que el gallo vaya a cantar, ni nada de eso; pero lo que pasa es que el animal puede ser una distracción. En tiempos de guerra no nos podemos dar el lujo de bajar la guardia a cualquier hora del día o la noche, mucho menos ahora que a lo mejor ya tenemos unos Recondos vigilándonos desde algo cerca. Por ahora, la familia de Nico se irá con el contingente que va salir para Arcatao, y que se lleve el gallo. Cuando ya puedan regresar de por allá, si todavía tiene el gallo, ya veremos que hacemos.

La hora de partir del campamento en el caserío El Infiernillo llegó. El grupo de aproximadamente doscientas personas, de las cuales la mayoría era hombres y mujeres de la tercera edad y niños menores de doce años, no podía quedarse allí. Ellos saldrían con la protección de la oscuridad de la madrugada. Irían acompañados por unos veinte milicianos, que además de llevar la tarea de proteger al grupo, también iban resguardando municiones y fusiles nuevos que recién habían ingresado desde Honduras. En un macho llevaban catorce fusiles FAL, en otro macho llevaban doce fusiles AK47 y trece fusiles M16. Dos mulas iban cargadas con municiones, y varios niños, hombres y mujeres llevaban comida, medicinas, utensilios de cocina y cosas básicas de higiene personal. La zona era considerada bastante segura para transitar para la guerrilla. Pero sabiendo que una ofensiva de gran envergadura estaba por llegar, no se sabía si había unidades de avanzada del Batallón Arce ya en la zona.

Entre el grupo de civiles que partieron del campamento se encontraba don Catocho Márquez —el abuelo de Nico—, su esposa Catalina, y los cinco nietos; entre ellos Nico. La caminata comenzó a las tres de la madrugada, para intentar estar lejos del campamento cuando el sol saliera, de esa forma se esperaba disimular un poco su punto de partida en caso fueran detectados más adelante. Nico llevaba un costal de manta lleno de ropa y otras cositas, y en su cebadera llevaba el gallo copetón, al cual para evitar sorpresas le había tapado el pico con un dedal que él había diseñado especialmente para tal fin. Al dedal le hizo varios hoyitos con una espina de escanal para que el gallo respirara, y luego le amarró un cáñamo delgado para detenerlo de la parte superior de la cabeza del animal. El invento del dedal de Nico fue el producto de su creación a último minuto, antes de abandonar Quiporito, pues no quería llamar la atención con su mascota. El cipote hizo el dedal de un poco más de la mitad del caparazón donde realiza la metamorfosis la mariposa para convertirse en una nueva forma de vida. Ya vacío, el caparazón abandonado queda colgado de la punta de alguna ramita. Es de allí de donde el campesino lo toma para usarlo de protección de las yemas de los dedos cuando tiene alguna heridita.

El grupo de protegidos de la guerrilla avanza lenta pero constantemente entre los matorrales y pequeñas veredas conocidas por al menos una persona del grupo. Nadie de la columna en marcha se queja de lo difícil del terreno ni del peso de la carga, pero todos están conscientes de que después de una hora de camino tendrán que descansar. El grupo tendrá que caminar unas cinco horas para llegar al destino final. En esa zona se espera que estén protegidos contra el eminente ataque que el ejército salvadoreño ya

lanzó, pero que aún no se han oído las primeras balas. A las cinco de la mañana, después del segundo descanso, cuando ya han pasado por una hondonada al norte de Nueva Trinidad, se comenzaron a oír los primeros morterazos en dirección de Quiporito y El Infiernillo.

–La tira ya está atacando al campamento –le dijo don Catocho a Nico, que ya se iba quejando del peso de su costal–. Esos morterazos se oyeron más cerca de Quiporito que del Infiernillo. A lo mejor no han detectado el campamento todavilla, y piensan que las casas de nojotros son el campamento.

–Papita, esos desgraciados siempre joden a los que están desarmados, porque no tienen como defenderse –dijo Nico, y continuó caminando–. Voy a sentarme un ratito pa’ darle agua y comida a Julín, no seya que tenga mucha hambre este jodido –dijo el cipote.

Nico bajó de su hombro el costal que llevaba, se sentó en una piedra y sacó al gallo de su cebadera. Le extendió las alas juguetonamente y luego le quitó el dedal del pico para darle un poco de maicillo que llevaba en un calcetín. Un pedazo de hoja de guineo que encontró lo hizo en forma de embudo, y ahí echó un poco de agua de su pichinga para darle al animal. Los demás del grupo continuaron avanzando a un lado del niño, no sin antes quedársele viendo con curiosidad, pero no dijeron nada. Después de un breve momento, Nico volvió a ponerle el dedal en el pico al gallo y lo metió de nuevo en su cebadera. Corrió entre los demás en la fila hasta llegar a la posición donde venía, junto a sus abuelos y hermanos. Hasta ahora todo iba bien con el avance de la columna de campesinos. Nadie se había lastimado ni habían sufrido algún ataque en su

movilización. El desplazamiento ordenado de grandes cantidades de personas no era fácil pues el peligro siempre asechaba en todas partes. Los problemas de golpes y heridas accidentales, así como enfermedades nerviosas y estomacales era algo común durante las guindas. Cuando en ocasiones grupos de la población civil que apoyaba a la guerrilla eran detectados, estos eran bombardeados con aviones, helicópteros y todo tipo de armamento disponible en el arsenal del ejército nacional. Las famosas guindas eran el fruto de escapadas de grandes o pequeños grupos que salían para donde fuera posible con tal de salvar la vida. Algunas veces, grandes cantidades de personas de todas las edades eran asesinadas sin compasión. Había otras ocasiones que las guindas eran efectivas. Los que huían lograban escaparse o esconderse en tatús, cuevas, pedregales o en bosques llenos de árboles, donde la aviación tenía dificultad encontrándolos. Cuando los atacaban por aire, usualmente lo hacían desde helicópteros con ametralladoras eléctricas que disparan miles de balas por minuto, y con bombas de doscientas cincuenta, quinientas y hasta mil libras, que arrasan con todo en el área donde caen.

A las siete de la mañana, el grupo había pasado por las orillas del municipio de Arcatao y continuó avanzando sin contratiempo hasta el espeso bosque en las faldas del cerro El Zopilote. El primer posta en las cercanías del campamento pidió santo y seña, y después de identificar positivamente al grupo, pudieron avanzar hasta el destino final. Ese campamento era considerado bastante seguro, y ahí funcionaba un hospital y la típica escuelita guerrillera, entre otras cosas. El lugar era un punto de descanso para combatientes heridos en recuperación o que simplemente

van de paso, y necesitan descansar un rato durante la marcha, por lo que algunos también lo conocían como el hotelito.

En un costado del campamento se encontraba el hospitalito, el cual era una choza improvisada hecha con horcones, paredes de vara de bambú y techo cubierto con plástico negro y hojas secas de mata de guineo como camuflaje y protección contra el calor. Dentro de la choza está una mesa larga hecha de tablas rústicas de madera de aceituno, dos postes que sirven para colgar bolsas de suero y dos bancos de madera altos. Del techo cuelgan un par de lazos que utilizan para sujetar a los heridos, para que no se muevan del dolor cuando tienen que operar sin anestesia. Fuera de la choza, en otra área cubierta con plásticos negros, hay seis tapescos de varas con colchones improvisados de hojas secas de guineo. También hay seis hamacas que forman el área de recuperación de los heridos y enfermos.

En el costado opuesto del campamento se encuentra la zona de la cocina. Esa área está ubicada a lo largo de una sección de un cerco de piedra. Allí han puesto cuatro piedras de moler, y a un lado se encuentran tres hornillas que siempre están encendidas. Varios guacales de plástico y unas cuantas jarrillas viejas, así como un perol grande y varios sacos con granos, también se encuentran en esa sección del campamento. Debajo de un árbol frondoso de almendro hay varias piedras ubicadas en dos líneas, y enfrente, colgando del tronco del árbol, está una pizarra negra. Esa es la escuela popular, donde adultos y niños aprenden a leer y escribir, así como a digerir las recetas de política que Dina, la encargada de educación popular les da con frecuencia.

En otro extremo del campamento está un espacio abierto bien limpio y amplio, donde los combatientes ejercitan y realizan todo tipo de entrenamiento militar. Una choza casi similar a la del hospitalito sirve de taller de explosivos, y ahí se fabrican minas de todo tipo, bombas de contacto, y también se reparan fusiles, pistolas y demás equipo bélico. En ese taller también tratan de inventar pertrechos de guerra artesanales que les permiten expandir sus capacidades ofensivas y defensivas en los frentes de guerra del norte de Chalatenango y otras partes del país. El área para dormir no está bien definida, pero cuando la hora de hacerlo llega, cada uno busca como acomodarse. Algunos tienen tienditas de campaña y otros simplemente tienen plásticos para cuando llueve. La gente ha aprendido a dormir en cualquier rinconcito, ya sea acostada, sentada o medio reclinada donde se pueda, y bajo las circunstancias que se les presenten.

El grupo recién llegado de El Infiernillo se ubica temporalmente en el centro del campamento, para esperar por instrucciones sobre sus tareas y demás información acerca de su nueva residencia.

A Nico le preocupa el futuro de su gallo, y por ahora el niño simplemente se está limitando a mantenerlo callado y a darle agua y maicillo. Melitón se quedó en el campamento del Infiernillo, y ahora Nico se encuentra un poco desorientado en el nuevo campamento, sin su principal guía y amigo. El niño sabe que aún cuenta con don Agripino, que aunque es enojón, está dispuesto a oírlo y ayudarlo después de regañarlo por cualquier cosita que a él no le parece. Don Pino siempre anda molesto con Nico porque no está de acuerdo con que ande con el gallo en los campamentos. La hora del almuerzo llegó, y en el campamento siempre han

tenido la fortuna de tener alimentación para todos, por lo menos dos veces al día. Por más de ocho meses han tenido la suerte de no ser perturbados por ninguna invasión militar o bombardeo, y todo parece tranquilo en el lugar.

Después del almuerzo, los hombres, las mujeres y los niños reciben instrucciones sobre las actividades que tendrán que realizar. En los campamentos guerrilleros hasta los niños tienen que aprender a realizar alguna tarea, aunque sea sencilla. Nico es incorporado al equipo de mensajeros, y en la escolita de menores él empezará su entrenamiento en técnicas de comunicación elemental, rutas, seguridad, y por supuesto cómo usar armas pequeñas y fusiles. Los niños que están entrando a la adolescencia ya son muy valiosos para muchas actividades revolucionarias, y tan pronto como estén preparados física y mentalmente, serán incorporados a las líneas de fuego como repartidores de abastecimientos y otras labores peligrosas.

En la escolita de menores, Nico logra sobresalir con su curiosidad, empuje y deseos de adquirir responsabilidades. Mientras tanto, tendrá que figurarse como va hacer con el gallo. Por el momento él no le ha contado al encargado de la escuela sobre su mascota, y tampoco lo sabe Ramón Tecolote, el comandante encargado del campamento.

Como todo un hombre que él ya se considera, Nico decide tomar una pequeña oportunidad para hablar con el comandante Ramón Tecolote, y contarle el secreto de su gallo. El comandante lo escucha con serenidad y le cae en gracia el hecho de que el niño se haya tomado el esfuerzo de llevar el gallo consigo, y especialmente que haya tenido el cuidado de ponerle el dedal en el pico para evitar que grite. Para suerte de Nico, Ramón no ve ningún problema con la presencia del gallo en el campamento, y es más, le

permite que le quite el dedal del pico para que el animalito disfrute a plenitud la esencia de ser gallo. Un par de días más tarde, el gallo deambula solitario en los alrededores del campamento, sin olvidarse de buscar el alimento que Nico y sus hermanos siempre consiguen. Cuando no tienen maicillo, las señoras de la cocina siempre guardan un poquito de masa para el animal, y así van pasando los días.

Los del grupo que abandonaron el campamento del Infiernillo están preocupados por lo que pudo haber pasado, y tratan de averiguar cuál ha sido la suerte del refugio y sus ocupantes. Ramón Tecolote informa a todos los de su campamento sobre el operativo del ejército en la zona de Nombre de Jesús, especialmente en el sector de Quiporito y El Infiernillo. Según información que él ha recibido, Chalón, Josefina y sus combatientes, después de varias horas de combate decidieron replegarse hacia Honduras, porque el operativo estuvo muy fuerte. Ellos no quisieron poner en riesgo tantos recursos y vidas, ya que los pertrechos militares que tenían y la cantidad de combatientes a su disposición no eran suficientes. Para hacerle resistencia efectiva a los más de ochocientos soldados apoyados por la aviación que les habían enviado necesitaban más recursos, que ellos no tenían. En los combates solamente habían tenido unos pocos heridos, y ellos habían logrado llevarse todo su armamento y dejar en embutidos, medicinas y alimentos para poder recuperarlos después que la ofensiva militar terminara.

El operativo del Batallón Arce duró solamente tres días. Debido a que comenzó un fuerte chubasco, que inicio desde el primer día de lluvias, los militares habían suspendido la ofensiva antiguerrillera. También supieron que don

Agripino y Melitón recibieron un entrenamiento elemental rápido sobre el uso de armas de guerra, y en el apuro del combate ellos tuvieron que servir de apoyo en la retirada, pero con suerte no les tocó combatir contra la fuerza invasora. Chalón decidió confrontar al ejército en las afueras de Quiporito, para despistar a la fuerza invasora y tratar de salvar su campamento. Lo más fuerte de los combates se dieron en las faldas del cerro del guatal de don Agripino y en los terrenos adyacentes al caserío. La guerrilla tenía la ventaja de tener a Melitón como guía, además de ya estar familiarizados con el área, pues ya tenían varios meses en la zona.

Litón ya lucía como un guerrillero real. Su boina negra, camisa y pantalón verde olivo, y botas negras; más la barba que se había dejado crecer recientemente, le daban una apariencia de hombre interesante. Josefina y él ya habían definido su relación y compartían una champita desde hacía unos pocos días antes de que la invasión se diera. Josefina era una joven de ciudad, atractiva, pelo largo liso y muy negro. Ella era piel canela, bajita, nalgoncita y con unos pechos que le resaltaban prominentemente en su uniforme militar. Su fusil M16, la boina negra y su radio la hacían lucir muy interesante. Ella era bien conocida y respetada por hombres y mujeres; y como la segunda en mando del campamento, sabía cómo lograr el máximo de su tropa en los momentos más críticos. Josefina se había convertido en una mujer fuerte y aguerrida, y rápido había ascendido dentro de las filas guerrilleras. Sus camaradas la conocían por no tener miedo a la hora del combate, y por actuar serenamente aun en las situaciones más difíciles. Con frecuencia se le miraba leyendo el libro de Sun Tzu: “El Arte de la Guerra,” y cuando no estaba realizando tareas

características de la vida guerrillera, en sus tiempos de descanso se le veía leyendo o escribiendo bajo la sombra de algún árbol, o en la champita que compartía con Melitón, su compañero de vida.

Por otro lado, Litón ya se había convertido en mando, y dirigía un pelotón de treinta hombres, que eran el grupo de exploradores del campamento. Entre las misiones del grupo estaba recorrer los alrededores para proteger el campamento. También realizaban ataques sorpresa a concentraciones temporales del ejército o a puestos fijos de la guardia en los poblados cercanos.

Para entonces, en El Tenguerechón Nico había sido ascendido a miliciano. Él ya había participado en varios combates en los alrededores de Nueva Trinidad, El Cerro Iramón, El Zapotal, San Isidro Labrador y San José Las Flores.

Nico ya había cumplido dieciséis años y era considerado todo un aguerrido combatiente. Las habilidades desarrolladas en el campo le servían a diario para sobrevivir en los frentes de guerra. Él sabía muy bien qué frutas y charrales eran comestibles, y con facilidad encontraba agua en pozos y jagüeyes. Nico era bueno para cazar garrobos, conejos y tacuazines; además de matar con la hondilla palomas ala blanca, codornices y tortolitas. Cuando se trataba de agarrar cangrejos y pescado en cualquier río o quebrada, él era un experto. Tan pronto tenía una oportunidad, y era considerado seguro, Nico y otros niños y adolescentes salían a pescar al río Sumpul y a la quebrada Los Quebrachos, para contribuir a la alimentación del campamento.

En una de esas idas a cangrejar, a Nico y su amigo Rogelio les sucedió algo que los dejó asustados. Ellos se fueron a la quebrada Los Quebrachos, y llevaban mucha suerte porque estaban agarrando bastantes cangrejos. Los cipotes estaban tan emocionados cangrejiando, que cuando se fijaron ya comenzaba a oscurecer. Cuando se preparaban para marcharse de la quebrada, Rogelio de repente vio entre las sombras de los arboles la silueta de una mujer medio desnuda, de pelo desgreñado y con grandes chiches que le llegaban casi hasta las rodillas. Del susto, Rogelio quedó como petrificado por un momento, sin que Nico se diera cuenta. De repente Nico le dijo a Rogelio que había oído unas carcajadas fuertes por ahí cerca, detrás del cerco de piedras a un lado de la quebrada. Después de un breve momento, los dos cipotes estaban bien asustados, y del miedo hasta habían sacado sus pistolas, sin saber para donde apuntar. Cuando los bichos se recuperaron del susto, y volvieron a la realidad, al mismo tiempo dijeron: “es La Siguanaba.” De inmediato se quitaron la camisa, se la pusieron al revés y rezaron un par de oraciones que habían aprendido con Gumersindo, para ahuyentar a malos espíritus. Los cipotes se fueron rápidamente hacia el campamento, y llegaron hasta sudando de la carrera que dieron huyéndole a La Siguanaba.

El pasatiempo favorito de Nico era limpiar su fusil AK-47. También le gustaba jugar naipes con los otros jóvenes en los momentos de descanso que tenía, que por cierto no eran muchos, pues siempre había misiones que cumplir y territorio que proteger.

El compromiso inescapable de alimentar y cuidar a Peperecho era una rutina cotidiana. Al comenzar a oscurecer, después de andar por todo el campamento,

Peperecho llegaba a la improvisada champa de Nico para recibir su cena, lo cual era algún chipuste de masa de maíz, maicillo o maíz quebrado. Luego de que el gallo comía, Nico lo amarraba de la pata en un arbusto de cola de pavo, y el animal se subía a la rama más baja para pasar la noche. Cuando amanecía, Peperecho siempre hacía lo típico de un gallo: cantar anunciando el amanecer. Nico se levantaba muy temprano, antes de que el gallo cantara. Las ocasiones en que Nico no estaba en el campamento, Braulio Moco Tostado, el hermano que le seguía a Nico en edad era el encargado del cuidado del gallo.

Además de darle mantenimiento a su fusil, ahora que ya sabía leer fluidamente, Nico estaba leyendo la novela "Jaragua," escrita por Napoleón Rodríguez Ruiz, que Ramón Tecolote le había prestado. A él le gustaban los nombres de los personajes de la novela costumbrista, y se sentía identificado con el estilo de vida y las vivencias que el autor les había dado en la obra. El desarrollo de las vidas de la Loncha, la Janda, Jaraguá, Nicasio y otros lo envolvían en sus momentos de lectura, y se adentraba en un mundo desconocido, pues ni siquiera conocía el mar o sabía cómo la gente vivía a la orilla de éste o en una hacienda.

Durante su estadía en el campamento del Tenguerechón, Nico había desatendido su gallo por unos días, y prácticamente su abuela Catalina y sus hermanos menores lo cuidaban y le conseguían el alimento. El gallo ya se había convertido en un símbolo conocido en el improvisado campamento guerrillero, que todo el tiempo estaba muy activo. El trajín del ir y venir en el puesto militar y concentración de civiles era constante a todas horas del día y la noche. Por las noches la cantidad de postas que participaban en la protección del campamento se duplicaba. La noche era más peligrosa, pues se les podían

infiltrar con mayor facilidad unidades pequeñas del ejército. Ramón Tecolote y Chepe Tiritos, junto a sus mandos, así como cada combatiente y civil, tenían especial cuidado de estar muy alerta en la oscuridad.

Durante el día, en el taller de explosivos, La Chele Tufito estaba al mando de cuatro técnicos en explosivos y tres niños ayudantes. El trabajo de ellos era variado, y entre otras cosas hacían minas quita pie, bombas de contacto y anti tanqueta, así como otros pertrechos ofensivos y defensivos. Los mismos técnicos en explosivos también reparaban fusiles, pistolas y cualquier otro pertrecho militar que necesitara alguna pieza, ajuste o reparación. El taller de explosivos era un lugar muy ocupado, y era un componente vital para la subsistencia del campamento.

La escuelita política era otro componente importante. El papel de ellos era mantener la moral en alto, así como de asegurarse que todos los combatientes y demás elementos se mantuvieran alineados políticamente con los objetivos del Frente. A muchos en el campamento no les gustaba escuchar tantos discursos políticos que la Menche Galillo Seco les recetaba continuamente, pero era obligatorio para todos escucharla, aunque fuera por un rato. La Menche tenía fama en el campamento de poner a dormir a muchos de la audiencia. Especialmente cuando en la emoción de su análisis se desviaba en temas complicados que nadie entendía, y que a muy pocos les interesaba. La mayoría en el campamento eran de origen campesino. A ellos les gustan las cosas simples y prácticas. Mincho Cascarita, un campesino chele y alto de la zona del cantón Los Amates, siempre decía que a la Menche se le olvidaba que allí era una universidad campesina, pero no en la que ella había tomado clases. A los campesinos les gusta que les digan que

hay que hacer, cómo y cuándo, y ellos con gusto lo hacen. Los discursos sobre el capitalismo y el socialismo para ellos era pérdida de tiempo y desviación política. Ellos entendían claramente la necesidad de luchar por la democracia y la justicia social. Las corrientes filosóficas de los grandes pensadores sociales y políticos que los universitarios de San Salvador les traían, no les impresionaban mucho.

En el campamento era más popular el mensaje del evangelio que Gumersindo Henríquez, un miliciano de treinta años de edad les daba ocasionalmente. Él había intentado ser sacerdote Jesuita por un par de años, pero decidió que el mensaje divino era mejor si se acompañaba al pueblo en su lucha terrenal por mejores condiciones de vida. En ese afán de práctica cristiana, él se incorporó a la lucha armada. Gumersindo era originario de la ciudad de Metapán en el departamento de Santa Ana, y se había incorporado a la guerrilla cuando sus compañeros de trabajo y amigos comenzaron a ser perseguidos, desaparecidos y encarcelados. El camarada Henríquez había trabajado en las fincas de café en el occidente, y además había crecido cultivando la tierra junto a su padre. Él sabía muy bien cómo comunicarse de una forma sencilla con los campesinos. En el Tenguerechón, Gumersindo creó una especie de altar en el tronco de un árbol grueso de aceitunas. Allí había puesto una imagen de Jesucristo que Adán Guardado había elaborado de un tronco de madera de Caoba que había encontrado a la orilla del río Sumpul. La imagen de Jesucristo era del tamaño de un hombre real y estaba colocada sobre una piedra pacha a la par del tronco del árbol. La estatua no era un trabajo de alta calidad, pero considerando que Adán solo tenía un corbo, un hacha y un escoplo, la gente decía que había hecho un trabajo

excelente. Allí frente al árbol de aceitunas Gumersindo se echaba sus mensajes espirituales los domingos y los jueves por la mañana. Muchos del campamento lo escuchaban atentamente los treinta minutos que le había permitido Ramón Tecolote para dar su mensaje cristiano.

Una de las áreas más dinámicas del campamento era el espacio de la cocina. Allí varias mujeres, hombres y niños se mantenían ocupados todos los días. Una vez se había logrado hacer llegar los implementos básicos, tales como maíz, frijoles, dulce de panela, azúcar y cualquier otro alimento, el trabajo de prepararlos consumía fuerza humana. También se necesitaba creatividad para lograr que la comida ajustara para todos, aunque fuera poco. Entre los que trabajaban en actividades de la cocina, estaban combatientes a los cuales les habían aplicado correctivos por faltas menores. Algunas razones para disciplinar a combatientes eran haberse comido una porción más grande de alimentos, haber perdido alguna ración de comida, haberse tardado mucho en una actividad, o cualquier otra falta que no tenía repercusiones importantes.

Las mujeres eran siempre las encargadas de hacer las tortillas, preparar el conqué y distribuir las raciones a los que estaban en el campamento. Con mucha frecuencia, cuando se daban combates en las cercanías, había un equipo de cipotes de entre doce y dieciséis años, que ya eran combatientes, quienes eran los encargados de llevar comida a las líneas de fuego. Estos mismos cipotes también ayudaban en la cocina cuando las circunstancias eran favorables. Los jóvenes eran buenos para moler maíz en molinos manuales de metal, y como las cantidades de maíz que había que moler eran grandes, esto era una gran tarea de mucha importancia. Las tortillas son uno de los

componentes principales de la dieta alimentaria salvadoreña, por lo que no pueden faltar cuando las condiciones se prestan. Si se tenía tortillas, fácilmente se podían comer con sal, limón o cualquier otro aditivo, que se conoce como conqué, para completar un tiempo de comida. En el equipo de un guerrillero era típico encontrar tortillas duras envueltas en un pedazo de tela, un pedazo de dulce de panela, bolsitas de azúcar y un puchito de sal, y de vez en cuando un pedazo de queso y bofe secos.

Nico, Chema, Rogelio y Poncho Torres regresaban de hacer una actividad de hostigamiento a un puesto de la guardia nacional en las afueras del municipio de Arcatao. Al regreso, por puro accidente vieron a lo lejos unos bultos que se movían con mucha precaución, antes de que los detectaran a ellos. Había una distancia como de dos kilómetros entre ese punto donde habían detectado movimiento militar y el campamento. Ellos tomaron ventaja de la situación, y con mucha precaución dos de los cipotes los siguieron a una distancia prudente, mientras Poncho corrió al campamento para alertar al primer posta del anillo periférico más cercano.

Nico y Chema llegaron a la conclusión de que había muy poco tiempo para alertar a todo el campamento. Así que decidieron comenzar a dispararle al grupo de unos doce soldados de fuerzas especiales que se iban acercando peligrosamente al primer anillo de postas. Nico fue el primero en dispararle certeramente al primero del grupo. Chema le acertó al siguiente, y luego se armó una fuerte balacera. El encuentro bélico, además de haber alertado del peligro a todo el campamento, también sirvió para darse cuenta que los Batallones Atonal y Atlacatl les habían lanzado una ofensiva sorpresa en la zona. La hora de la

temida guinda había llegado. En el campamento El Tenguerechón, los cinco heridos más graves del hospitalito que requerían ser transportados en hamacas fueron los primeros en comenzar la evacuación. Diez cargadores armados se los llevaron con rumbo a la frontera con Honduras, cruzando primero la quebrada del Tamagás, para luego escurrirse por las veredas entre los cerros que permitían la retirada con cierta protección de arboledas y barrancos. Tres promotoras de salud, un médico italiano que se encontraba en el campamento y seis ancianos acompañaron al grupo más desventajado en su forzada retirada. Inmediatamente después, salieron ordenadamente el grupo de la cocina, con muy pocos utensilios y raciones de alimentos para lograr una retirada más rápida. Las mujeres, niños y demás civiles salieron de forma más o menos ordenada. Se anticiparon al movimiento por el costado oeste de los Batallones de Infantería de Reacción Inmediata, conocidos como los batallones BIRI. Los niños correos se quedaron en el grupo de apoyo, junto con el grupo de explosivos, así como el grueso de combatientes, que ya se habían distribuido a lo ancho y largo del territorio que pretendían defender hasta donde pudieran.

Un avión Fuga Magister comenzó a dejar caer las primeras bombas cerca de donde la columna de civiles se iba retirando. Dos helicópteros avispan también comenzaron a disparar con sus ametralladoras eléctricas en la dirección donde los civiles estaban huyendo. Las fuerzas guerrilleras habían minado varios caminos en los alrededores del campamento, y ellos esperaban que eso les ayudara a detener el avance de las fuerzas terrestres. Los radistas de Ramón Tecolote y de Lolo Siete Micos comenzaron a

monitorear las comunicaciones del enemigo. Estaban escuchando que ya hablaban de haber tenido algunas bajas en combate y con minas quita pie, así como de haber caído en trampas de púas estilo vietnamita. Los caminos minados cerca del campamento también estaban haciendo el trabajo que se esperaba, deteniendo el avance de las tropas gubernamentales.

En una de las comunicaciones del ejército interceptadas por el radista de Ramón, escucharon todo un reporte del área de combate. En el informe, uno de los capitanes del Batallón Atlacatl anunciaba que tres soldados y un teniente habían muerto al caer en un hoyo disfrazado que tenía púas en el fondo. Los militares cayeron ensartados en las puntudas estacas de bambú de la trampa, y sus cuerpos habían sido atravesados mortalmente.

Mientras tanto, durante la guinda, los hermanos de Nico, en la aflicción del momento se olvidaron del gallo que tanto les había encargado. El animal gritaba asustado, amarrado de una pata en un palo de jiole, en lo que aún era el campamento. Nico y sus compañeros se habían replegado en dirección del campamento, y ya junto a otros hombres enfrentaban a una columna de soldados que se encontraban parapetados detrás de un cerco de piedra. En un breve momento en que las balas dejaron de sonar, de repente Nico oyó no muy lejos los gritos de miedo de su gallo.

—Aquellos en la aflicción de la guinda dejaron el gallo —le dijo a Chema—, que estaba junto a él, disparando escondido detrás del grueso tronco de una ceiba y una gran piedra que les daba protección.

Nico buscó en las bolsas de su pantalón militar, y para su consuelo, ahí tenía el dedal protector para ponerle al pico del gallo. También andaba una cebaderita de pita en su mochila, y con eso ya podía rescatar a Peperecho.

—Hey Chema, me vaa retirar un ratito, ustedes no dejen que esos babosos se muevan del cerco, que horita vengo de regreso. Necesitamos más parque, porque si no nos vamos a quedar sin balas.

Nico salió agazapado entre los arbustos y los pedregales, retirándose un poco de la línea de fuego. Finalmente llegó al campamento, y aun se encontraban ahí unos pocos combatientes, que esmeradamente estaban haciendo embutidos de municiones y armamento que no podrían llevarse. Nico llegó exclusivamente donde estaba Peperecho. Le puso el dedal en el pico, le amarró el cáñamo en la parte de atrás de la cabeza y lo puso en la cebadera. Después de conseguir más parque de un embutidito secreto que él tenía bajo su responsabilidad, partió de nuevo a la línea de fuego. Nico sabía que abandonar la línea de fuego aun por un momento sin una buena razón era una falta muy grave, pero él estaba dispuesto a pagar las consecuencias con tal de rescatar a Peperecho. En esa ocasión él tenía la excusa de que necesitaba más municiones para él y sus hombres.

Chema y Rogelio aún estaban en la misma posición, detrás de la ceiba. El grupo de soldados no se había podido mover de la posición comprometida en que estaban —detrás de un cerco de piedra en una pequeña planicie sin arboles—, que no les permitía avanzar, pues a cada intento que hacían por salir, una lluvia de balas les amenazaba.

–Putá Nico, ¿y porque putas no dejás ese tu gallo baboso en algún lugar, o lo hacés sopa? Un dilla de estos te pueden matar por andar con ese animal, casi como si fuera tu hijo – le dijo Chema.

–Te vua contar la historia de mi gallo un dilla de estos, pa’ que veas porqué lo ando –le dijo–. Aquí en la cebadera no miace estorbo, y ni pesa casi el baboso. Es que mis hermanos lo dejaron olvidado a la hora de la guinda, y por eso lo tuve qu’ir a trer. Este nimalito es bien importante para mí. Si salimos con vida de este desvergue, cuando tengamos un poco de relajación te vua contar sobre Peperecho –así se llama el gallo–, para que me entendás mejor.

–Bueno, hay me contás pues –le dijo Chema.

–Bichos, no se desconcentren, ya casi se nos iba salir del cerco un cuilio, pero creo que le di un balazo al hijuemaiz ese. Se oye como que se queja alguien, y de seguro que lo herí. Yo vi como que’l radista estendió la antena. Apenas se nota desde aquí la puntita detrás del cerco. Ha de estar pidiendo ayuda el cabrón. Lástima que no tengo lanza granadas, sino que yo tantello que desde aquí les pegara un granadaso. Pero ni modo, solo mantengámoslos asediados hasta que oscurezca. Mirá Chema, allá viene Manolillo, ha de trer un mensaje. El bicho baboso no se ha dado cuenta del peligro, tirále un balazo cerca de las patas. El jodido va para el lado del cerco de los soldados, y si lo ven lo van a matar.

Chema le tira un balazo cerca de los pies al niño correo, y éste entiende el mensaje rápidamente. El cipote se tira de panza y se queda quieto. Lentamente levanta la cabeza en

dirección de donde oyó el balazo, y desde un poco retirado identifica a Chema. Éste le hace señas de que no avance, y luego él llega donde se encuentra el cipote correo.

—Dicen que lo fuerte de la invasión no es aquí donde estamos nojotros —les dice Manolillo—. El radista de Mincho me dijo que lo grueso del ataque está dándose donde están las fuerzas de Ramón Tecolote, como a dos kilómetros de aquí. Allí es donde se está oyendo ese otro cachimbasello. Parece que ellos están sufriendo varias bajas. Ya pidieron refuerzos a tu amiga Josefina del campamento del Infiernillo, y ellos van a llegarles por la retaguardia, para ensangucharlos. Vas a ver qué bonito van agarrar a esos soldaditos los compas del Infiernillo. Tito Siete Putas se va dar gusto con su fusil dragonov con mira telescópica. Esos babosos de los batallones van a llorar cuando les estén dando verga bien pareja por delante y por detrás —dijo emocionado el cipote—. Y van estar jodidos, porque como están dándose verga bien cerca de nojotros, no van a poder llamar la aviación, porque si no también les van a caer las bombas a ellos.

El tronar de bombas, balas de ametralladoras punto cincuenta y punto sesenta, y el cañoneo se oye por todas las lomas y quebradas en el área. Por ahora las columnas de civiles, heridos y demás miembros del campamento ya debieron estar en un territorio de menos peligro. Sin embargo, debido a los ametrallamientos y bombas lanzadas por la aviación, no se sabe si hubo bajas entre los civiles que iban en guinda.

Los combates en los alrededores del Tenguerechón siguen con altos y bajos, la columna de combatientes de Melitón se está acercando por la retaguardia que el Batallón Arce ha

dejado medio desprotegida. Un segundo grupo de mujeres y hombres al mando de Josefina se adentra por el lado donde Ramón Tecolote está siendo asediado. Ahí le darán más solidez a ese frente, que ya ha sufrido varias bajas.

Después de varias horas de intenso combate, como a las seis de la tarde, cuando ya estaba medio oscuro, los aviones y helicópteros del ejército abandonaron el campo de batalla. Las balaceras y bombardeos disminuyeron significativamente, y las dos fuerzas en pugna intentan adaptarse a la dificultad del combate nocturno. Tanto los combatientes de las FPL como del ejército nacional tratarán de asegurar sus posiciones, protegerse de posibles ataques sorpresa y descansar un poco. Los heridos serán evacuados con la complicidad de la noche. La difícil tarea de evitar batallas accidentales entre las mismas filas, ya sean de la guerrilla o del ejército, será una de las tantas preocupaciones de los combatientes.

Cuando la noche cayó en la zona de combate por completo, Nico se había retirado con su pelotón como a dos kilómetros de la línea de fuego. Él aprovechó para alimentar a Peperecho con pedacitos de tortilla y agua, y también lo dejó fuera de la cebadera por un rato, amarrado de una pata. Temprano en la madrugada, debido a lo complicado y lo fuerte de la invasión que estaban sufriendo, Nico tuvo que tomar una decisión que no le gustó: dejar el gallo suelto en el monte y esperar que la suerte le ayudara y encontrarlo vivo. Para entonces él ya conocía bien el terreno y sabía que podría regresar a buscarlo. Cuando regresaba a la línea de fuego que otros combatientes habían mantenido, Nico vio un lugar que le pareció adecuado para dejar el gallo. Era un pedazo de tierra cercado con matas de piña por los cuatro

lados, y con un falso de alambres bien tupidos, que era el único acceso al pedazo de terreno. Como el gallo tenía las alas bien cortas, Nico decidió dejar al animal en ese terreno, que al momento estaba baldío. Con tristeza le quitó el dedal del pico y le tiró el último pedazo de tortilla dura que le quedaba. Guardó el dedal y la cebadera en su mochila de combatiente y se marchó, ya como a las cuatro y media de la mañana.

El mes de agosto recién había llegado, y al invierno de repente se le antojó retorcer sus nubes para dejar caer un fuerte aguacero matutino. Combatir bajo la lluvia era aún más difícil. El agua nunca ha sido buena compañía para la pólvora, y las condiciones se dificultaban tanto para los atacantes como para los que estaban defendiendo las zonas que consideraban liberadas.

Los hombres de Josefina y Melitón ya se encontraban en las posiciones adecuadas cuando comenzó a amanecer. A pesar de que el grupo de guerrilleros eran bastante menor comparado con los aproximados ochocientos hombres de los dos batallones, las tácticas guerrilleras les estaban poniendo una fuerte resistencia en los cerros del noreste de Chalatenango. La lluvia mañanera y una neblina espesa había sorprendido a los soldados, pues ellos esperaban contar todos los días con el apoyo de helicópteros y aviones en su ofensiva. Con esas condiciones de tiempo las aeronaves no podrían llegar. El grupo liderado por Josefina comenzó a disparar en la retaguardia del Batallón Arce, y las balas sonaban por todas partes. Los jefes militares se dieron cuenta que habían caído en una trampa, y trataban con desesperación de reagruparse en la planicie del llano del Tecomate. Informes de varios soldados muertos y heridos

comenzaron a ser detectados por los radios operadores de los mandos de la guerrilla. Los primeros heridos del ejército, abandonados en las líneas de fuego que no habían podido sostener, comenzaron a ser encontrados por los guerrilleros. Los militares los habían dejado abandonados a su suerte sin su equipo militar. En la ausencia de helicópteros para rescatarlos, el ejército no era tan eficiente para evacuar sus heridos cuando las condiciones les eran adversas. En la premura de los ataques fulminantes de la guerrilla los militares no alcanzaban o no intentaban rescatar sus heridos.

La intensidad de los combates en ese día lluvioso no fue tan grande como el día anterior. La noche llegó de nuevo al campo de batalla, y los combates cesaron por completo. Melitón y sus hombres habían estado combatiendo junto a los hombres de Nico y Chema, y estaban exhaustos y hambrientos. La lluvia aun no paraba de caer, y las condiciones de incomodidad por estar mojados, con hambre y sin dormir estaban haciendo sus efectos en las tropas guerrilleras. Después del combate, Nico y Melitón finalmente se encontraron bajo la protección de su plástico, y ahí comenzaron a conversar brevemente en voz baja.

—¿Y cómo te ha ido Nico? —le dijo Litón—. Finalmente se te cumplió el deseo que tenías de ser combatiente.

—Si hombre, hoy me siento como chimbolo en la poza. Aquí ya bien comprometido y motivado para derrotar a la tiranilla.

—¿Y qué hiciste el gallo? Me han dicho que todavía andás a Peperecho, y que Ramón no tiene problemas con que tengás el gallo en el campamento.

—Pues mirá Litón, fijate que mis hermanos dejaron al baboso de Peperecho cuando salieron en la guinda. Cuando Chema, Rogelio y yo venillamos de una misión, yo oí al gallo cantar por ahí, y me lo tuve que llevar. Ahí lo anduve con su basalito en la cebadera, combatiendo un buen rato conmigo, se podría decir. El Peperecho ya no le tiene miedo al sonido de las balas, como antes. Te acordás que a los primeros cachimbazos que oía, el pobre pataleaba dentro de la cebadera. Últimamente anda bien tranquilo hasta cuando las balas le pasan zumbando cerquita. Hay veces que pienso que a lo mejor se ha quedado sordo, pero como no me puede decir, yo no sé. Pero si estuviera sordo es hasta mejor para Peperecho, pues así de plano que ya no tiene que preocuparse por los ruidos de los combates.

—Púchica, parece mentira, pero tenemos un gallo guerrillero. ¿Y dónde está Peperecho que no lo veo con vos aquí?

—Es que como el cachimbasello ha estado bien fuerte, tuve que dejarlo abandonado por allá atrás. Si Dios quiere que salgamos vivos de esta invasión, lo voy'ir a recoger después, si con suerte todavía lo encuentro donde lo dejé. Fijate que encontré un terrenito con cercos de piña en todos lados y un falso bien tupido de alambre, y allí dejé al animal.

—¿Y cómo has hecho para que no cante el animal en las mañanas o cuando se le antoja a cualquier hora?

—Pues mirá vos. Cuando estamos en el campamento no hay problema, pues hay tantos ruidos, y los anillos de seguridad están retiraditos. Además, hay población civil por varios lugares, y ellos tienen animalitos. Pues yo no quisiera andar con el gallo en combate, pero como en esta ocasión mis hermanos y los abuelos tuvieron que guindiar, se les olvidó

el gallo por la prisa de salir huyendo –dijo Nico–. Preocupado estoy porque ayer la aviación bombardeó la columna de civiles que iban en guinda hacia Honduras. Ojalá que no haigan habido bajas.

–¿Y la compa Josefina cómo está? Yace dillas que no la he visto.

–Pues espero que esté bien. Ella se fue a la zona de las Aradas, a apoyar a tu comandante Ramón Tecolote, que lo tenían asediado los del Arce. Aquella les llegó por la retaguardia a esos babosos, y me imagino que les han de ver dado una su buena cachimbiada. Yo no me he podido comunicar con ella porque se le jodió el radio a mi radista. Fijate que caímos en un charco hondo allá por una vaguada detrás de ese cerrito que se ve allá enfrente. El cerro Chichilco creo que le dicen. Unos cuilios casi nos cayeron de sorpresa por el flanco izquierdo, y por poco nos matan esos cabrones. Salimos bien chipustiados detrás de un piñal, y de pura chiripa te estoy contando el cuento. Mi radista y yo terminamos todos enlodados en ese gran charco, y quedamos camuflados con puro lodo. Como ya estaba oscuro, los soldados babosos pasaron cerca de nosotros, pero no nos vieron. Por suerte, al ratito comenzó a llover de nuevo, y como la tormenta fue bien fuerte, quedamos bien limpiecitos, pero bien empapados.

–Bueno Litón, tratemos de medio pegar los ojos aunque seya una hora, porque ya va amanecer y no sabemos que nos espera en la mañana.

Al amanecer, la lluvia aun no daba señales de parar. En la zona de Tierra Colorada, cerca de Arcatao, todavía se escuchaban balaceras, pero ya no tan intensas. Informes de

que el ejército se estaba replegando se comenzaron a escuchar en los radios que monitoreaban las comunicaciones de la tropa gubernamental.

Litón y sus combatientes comenzaron a buscar las posiciones del ejército en la línea de fuego que habían establecido, pero ya no había nadie. Aparentemente, la ofensiva había sido suspendida debido a las malas condiciones del tiempo. En esa zona de cerros y pedregales al ejército no le gustaba combatir sin el apoyo aéreo porque se les complicaban las líneas de suministros de las que tanto dependían.

Después de los combates, el campamento del Tenguerechón había quedado intacto, y esas eran buenas noticias. Al mediodía, bajo el chir chir de una lluvia persistente, los combatientes del FMLN comenzaron a reagruparse. Josefina había perdido tres milicianos durante los combates en apoyo a Ramón Tecolote, el comandante encargado del campamento El Tenguerechón. Chepe Tiritito, el segundo en mando en el campamento resultó letalmente herido en una emboscada en un camino en el área del cerro Chichilco. Dos combatientes también cayeron en esa trampa tendida por un pelotón del Batallón Arce. Chepe Tiritito murió desangrado cuando era conducido en hamaca hacia un punto seguro para tratar de auxiliarlo. Uno de los combatientes que resultó ileso de la emboscada, contó que Chepe Tiritito aun gravemente herido pudo escaparse y esconderse en unos charrales, hasta que los soldados se fueron del punto de ataque. Este combatiente vio donde se escondió Chepe ya herido, pero para salvar su vida, él tuvo que escaparse, para luego regresar con ayuda para intentar salvar al camarada Tiritito. Cuando otros dos combatientes

llegaron con una hamaca para transportarlo, Chepe Tirito solamente pujaba del dolor. Había recibido cinco balazos de calibre M16: tres en la parte abdominal, uno en un brazo y otro en la pierna izquierda. Los combatientes pusieron la hamaca en el piso sobre las hierbas ensangrentadas. Cuidadosamente colocaron a Chepe en la hamaca, y levantaron la vara de bambú de ambos extremos con mucho cuidado. Luego, con una soga cerraron la hamaca, como costurándola, para evitar que el herido se saliera con el movimiento de la caminada.

La racha de malas noticias no había terminado para los combatientes guerrilleros. En un mensaje codificado, el radista de Josefina recibió otra noticia aún más mala. Ramón Tecolote, el comandante encargado del campamento había muerto en un accidente que no estaba relacionado directamente con los combates recién finalizados. Cuando ya estaban como a un kilómetro de distancia del campamento, Ramón Tecolote vio que uno de sus hombres heridos iba bastante cargado con dos cargas explosivas que no habían utilizado y dos fusiles G3. Para aliviarle la carga, Ramón le ayudó con las dos cargas explosivas para que él caminara más rápido, ya que se había golpeado un pie durante los combates. Ramón había sostenido la urgencia de sus necesidades biológicas para avanzar más rápido hacia el campamento. –Compas, ya no puedo detener más el bolado –les dijo a sus combatientes más próximos–. Den instrucciones de detenerse un momento. Espérenme un ratito, voy a ir detrás de ese matocho de cusuco a hacer lo que nadie puede hacer por mí.

Los hombres al mando de Ramón aprovecharon el breve descanso para sentarse por un momento y relajar sus ya cansadas piernas. Los combatientes además de llevar su equipo, llevaban algunos fusiles y parque decomisado en combate a soldados que habían muerto.

Ramón bajó cuidadosamente las cargas explosivas que llevaba en la cebadera, y las colocó a un lado del tronco de un árbol de chaparro para bajarse el pantalón. Después de hacer lo que tenía que hacer, se arregló nuevamente su sucio uniforme, se puso su mochila en la espalda, agarró su guarisama, y por último tomó con mucho cuidado la cebadera en que llevaba las cargas explosivas. Unos pocos accidentes con ese tipo de bombas de contacto habían causado bajas accidentales en otros campamentos, pero nunca había pasado nada similar en el campamento El Tenguerechón o en el más próximo, el campamento El Infiernillo. Ramón Tecolote se había retirado unos veinticinco metros del resto de sus hombres para hacer sus necesidades. Cuando ya había caminado unos diez metros hacia el camino donde lo esperaban los demás combatientes, de entre las hierbas y zarzas apareció corriendo un joven venado pichón que casi tiró al piso a Ramón. El oyó el ruido, y luego vio al venado que se lanzó en la dirección que él estaba. Para evitar ser atropellado, Ramón se tiró a un lado de la veredita, y se deslizó en un pochote de zacate seco de jaraguá. Por instinto, para no caerse, intentó agarrarse de unas ramas, pero estas no resistieron su peso, y se estrelló en el tronco de un palo de nance. Ramón no tuvo suerte, y la cebadera con los explosivos le quedó entre el pecho y el tallo del árbol. La explosión fue inevitable. El cuerpo de Ramón quedó con agujeros de varios tamaños en todo el cuerpo. Los

combatientes corrieron a ver qué había pasado, y con incredulidad vieron la destrucción que los dos artefactos le causaron al cuerpo de Ramón. El grupo guerrillero aun llevaba una hamaca que no habían utilizado, y en ella pusieron con mucho cuidado el cuerpo desfigurado de Ramón. Trataron de recoger los pedazos de cuerpo más grandes, y luego hicieron un pequeño agujero para depositar pedacitos de carne que estaban esparcidos en todo el contorno. Hicieron una cruz con dos pedazos de palo de chaparro amarrados con un bejuco, y en una breve ceremonia guerrillera, le hicieron un pequeño homenaje a una parte del cuerpo del comandante. Sofía Chichigua tomó el liderazgo temporal del grupo de combatientes, y con tristeza transportaron el cuerpo desfigurado de Ramón Tecolote hacia el campamento. Allí le improvisaron una caja mortuoria con un par de tablas y reglas de bambú. Envolvieron el cuerpo con una cobija azul y clavaron una bandera roja pequeña con la figura de Farabundo Martí y las letras FMLN–FPL en dirección de la cabeza. Los combatientes hicieron los honores militares, y bajo el árbol de marañón que se encontraba a unos ciento cincuenta metros del campamento, enterraron al comandante Ramón. Su nombre real era Vladimir Serra, y era originario del cantón Guarjila, del municipio de San Antonio Los Ranchos, a unos veintidós kilómetros de donde murió.

El campamento guerrillero se encontraba temporalmente sin el comandante y subcomandante, pues ambos habían muerto cumpliendo con su labor revolucionaria. Los mandos superiores de la zona ya habían sido informados de las dos pérdidas, y tenían que resolver de inmediato esa situación de falta de liderazgo que se les había presentado.

Esa noche en el campamento El Infiernillo, Josefina y sus hombres recién habían llegado de apoyar las tropas de Ramón Tecolote. La joven había caído dormida, muy cansada bajo la champa que compartía con Melitón, cuando su radista se acercó. Litón siempre estaba alerta, y con el mínimo ruido que hizo Juanita, él se incorporó rápidamente con su escuadra nueve milímetros en mano.

—Compañero soy yo —le dice Juanita—, le traigo la noticia urgente de que Ramón Tecolote murió en un accidente, y la comandancia regional ha elegido a la compañera Josefina como la nueva Comandante del campamento El Tenguerechón. Las órdenes son que ella tiene que partir a las veintitrés de mañana. Ellos perdieron a los dos compañeros al mando del puesto, y necesitan nuevo liderazgo —finalizó la radista.

Litón despertó a Josefina, quien estaba escuchando entre dormida y despierta la voz de su radista, Juanita Jarana. La Juanita era una muchacha de diecisiete años, quien se había incorporado a la guerrilla a los catorce. Ella decidió dejar las comodidades de su casa, de una familia de la clase media en San Salvador para aventurarse en la guerrilla, en busca de construir una sociedad mejor para todos.

El día siguiente, Josefina se levantó a las dos de la madrugada. Comenzó a colocarse todos sus atuendos militares. Revisó su mochila y sus cosas personales, tomó su fusil y le dio un abrazo profundo y un beso a Litón. Un escuadrón de doce hombres que siempre estaban de turno, listos en uniforme y equipados, la acompañó entre los potreros y chaparrales en dirección a los alrededores de

Nueva Trinidad y Arcatao, pero más cerca del municipio de Ojos de Agua.

Chalón se levantó muy temprano ese día, y todos los combatientes comenzaron la rutina de ejercitar temprano, como siempre lo hacían. Después de la hora acostumbrada de ejercicio y práctica militar, Chalón se dirigió a su tropa.

—Compañeros, este día perdimos a nuestra compañera Josefina, —pero no la perdimos en combate ni nada por el estilo— la perdimos porque su compromiso con nuestra causa ha sido reconocido por nuestra comandancia, y fue transferida al campamento El Tenguerechón. Como ustedes ya saben, los dos compañeros al mando del campamento murieron por causas diferentes durante la última invasión, y Josefina ha sido elegida la responsable del campamento. Así que nos alegramos mucho por la compa, y sabemos que ella hará un excelente trabajo. Además de tener una gran amiga, también tendremos una compañera que todos conocemos y queremos mucho en el campamento más cercano al nuestro. Por ahora eso es todo lo que tengo que decirles —finalizó Chalón.

El amanecer en el campamento El Tenguerechón trajo la noticia de que nuevo mando había llegado. La gran noticia fue que era una mujer joven y que llegaba del campamento El Infiernillo. Nico se sintió muy contento cuando supo que Josefina era la nueva comandante que dirigiría el quehacer en el puesto guerrillero.

Josefina no era una desconocida para el gran grupo de personas que ahora estarían bajo su responsabilidad. Tan pronto desayunó, reunió a todos los del campamento, y después de una breve reunión con ellos, ella se había

formado un panorama más claro del quehacer en su nuevo frente de guerra.

El campamento El Tenguerechón era más grande y con más gente, pero la población en su mayoría no era combatiente. El campamento tenía más servicios que el del Infiernillo, pero éste se encontraba más adentrado en el costado noroeste del territorio del departamento de Chalatenango.

Nico veía en la joven guerrillera a una hermana mayor en la cual podía confiar hasta asuntos personales. Temprano, el día que Josefina adquirió el mando del campamento, reunió a todos los mandos militares, y entre ellos ya se encontraba Nico, como encargado de un pelotón de exploradores de avanzada.

Después de todas las formalidades militares, Josefina llamó a Nico a su nueva champa, y habló con él por un rato.

—Ya sos todo un hombre, cipotón—le dijo Josefina—. Mirá, ya tenés hasta barbita rala. ¿Y cómo es eso de que ya sos mando de un pelotón? Nadie me había contado ese chambre vos.

—Es que fijese compa quiuna vez yo solito me hice una misioncita algo complicadita, y por eso el finado compa Chepe Tirito me dijo que yo era un buen combatiente. Y como los demás muchachos me recomendaron, me dejó encargado del grupito.

—¿Y te gusta eso de tener la responsabilidad de darle órdenes a otros y de tomar decisiones delicadas?

–Pues mire que al mero principio lo sentilla fellito, pero después me fui acostumbrando, y di'último ya hasta sentilla bonito cuando los demás milicianos me dijeron que yo era un buen mando.

–¿Nico, te acordás cuando te conocí en Suchitoto? Parece mentira, pero ya pasaron como cuatro años. ¿Y qué hiciste con tu gallo Peperecho?

–Fíjese compa que el compañero Ramón me dio permiso de tenerlo en el campamento. Allí anda suelto entre los chiriviscos. En la noche yo lo amarro de una pata en un palito junto a mi champita, y en el día lo suelto.

–¿Y cómo hiciste con el gallo en la invasión pasada?

–Pues mire, fíjese que como latira nos cayó casi de sorpresa, yo andaba patrullando con los muchachos, cuando vimos a los primeros cuilios. Como ya no nos quedó tiempo de avisar, los agarramos a cachimbazos por el cerrito del Tamagás. Cuando comenzó el cachimbasello en serio, que nos cayeron los aviones y los helicópteros, todos los del campamento salieron en guinda, y mis hermanos dejaron el gallo abandonado, pero yo pude rescatarlo, y gracias a Dios todavilla lo tengo.

–Sí, yo anduve dándoles apoyo allá por el cerro El Chichilco, y se puso fello ese bolado. Yo perdí tres compas cuando vinimos a darles apoyo a ustedes.

–Bueno, pues fíjese que nojotros estábamos conteniendo unos soldaditos que se nos venillan colando, cuando yo oí al baboso de mi gallo cantar. Yo dije: ¡ve, mis hermanos no se pudieron llevar a Peperecho en la guinda! En un

descuidito me escapé al campamento a traer más parque, y fui a recoger al gallo diuna vez. Lo eché en mi cebadera, le puse el dedal y me lo llevé a peliar. Después encontré un pedazo de potrero bien cercado y ahí lo dejé a lo que Dios dijiera; porque ya se puso muy fello el cachimbasello, y de plano que ya no lo podilla andar llevando conmigo. A los tres dillas que regresé a buscar a Peperecho, el baboso estaba allí mismo donde lo dejé, como que si nada habilla pasado. Creo que se alimentó con comejenes, porque cuando fui a buscarlo habilla un talchinol entre las piñas, y ahí estaba picotiando los nimalitos aludos, que no paraban de salir del volado ese.

—Seguime contando Nico. Me emocionan esas tus historias con tu gallo. Litón me contó toda la historia sobre Peperecho. A mí no me gusta mucho eso de tener animales en el campamento, pero si Ramón, que era un gran combatiente, no tuvo problemas con que tuvieras el animalito, yo tampoco. Sé lo valioso que es el gallo para vos. ¿Y cómo es eso del dedal que dicen que le ponés al gallo? Yo crecí en San Salvador y por último en Suchitoto, y eso no lo entendí.

—Compa, el dedal es un voladito que se hace del carapachito que deja la mariposa cuando nace. Cuando la nimalita se va volando queda ese chunchito vacillo colgando de la ramita o piedra donde nació la mariposita.

—Nico, lo de la mariposa se llama metamorfosis. Eso sí lo sé. Es cuando el gusanito se convierte en mariposa.

—Bueno, ese carapachito que deja la mariposa en la metamorfosis, nojotros lo usamos como dedal. O seya que cuando nos cortamos la yema de un dedo con algún zacate

o nos puyamos con alguna espina, nojotros buscamos un voladito de esos. Entonces le cortamos un pedacito por el lado donde salió la mariposa, para emparejarlo bien. Después lo limpiamos con alcol, le hacemos unos hoyitos para que entre aire, y lo ponemos en la yema del dedo herido. Así podemos ir a la milpa a desyerbar o a cortar zacate, leña y cualquier otra cosa sin lastimarnos el dedo. Es bien útil ese voladito fíjese Josefinita. Los campesinos como no tenemos acceso a muchas cosas, tenemos que rebuscarnos con lo que'l campo nos ofrece, pa' resolver varios problemitas de salú.

—¿Y cómo se te ocurrió eso del dedal para el gallo vos?

—Eso a mí se me ocurrió de repente. Porque no hallaba cómo hacer pa'que el gallo no cantara. Cuando nos fuimos de Quiporito, mi abuela me iba preguntando como iba hacer con los cantos del gallo, cuando de repente vi un dedal colgando de una ramita di'un palo de jiole. Allí mismo se me ocurrió la ideya de que hacer. Con una espina de escanal le hice unos hoyitos al dedal para que el gallo respirara, y los últimos dos hoyitos los usé para amarrarle un cañamito para detenerlo en la cabeza.

—Sos listo cipote. Por eso es que te ascendieron a mando medio. Hablando de mandos, voy a tener que buscar alguien para reemplazar a Chepe Tirito. ¿Quién cres que pudiera ser un buen candidato? Yo tengo el ojo puesto en alguien que podría ser buen segundo mando, pero me gustaría saber de otras opciones.

—Fíjese compa que hay varios muchachos y una muchacha que son buenos para segundo jefe. La Sofía Chichigua es buena para dirigir gente. Lo único que ella se enoja bien

rápido por cualquier cosita. También está Gumersindo, pero como él es bien cristiano, siento que no tiene suficiente valor pa' jalarle el gatillo al fusil, si un jodido se le pone enfrente.

—¿Nico, y vos ya conseguiste novia o todavía no?

—Todavía no, pero la semana pasada llegó una cipota chelita, pelo corto, que dicen que es de allá por Tejutla, del cantón El Teosinte. Ella perdió a muchos familiares en una invasión del ejército en su cantón, y ni se cómo fue que la pobre vino a parar aquí al campamento. Solo he hablado con ella dos veces, pero está bien bonita, y tiene una vos suavcita que me gusta. Tiene ojitos verdes y una sonrisa triste y bonita. Ella y yo nos caemos bien, y nos gusta hablar. Yo también le conté mis historias, y nos identificamos mucho por lo del sufrimiento que hemos tenido.

—Pues ponete listo Nico, no sea que alguien se te adelante. Los demás compas te pueden dejar chiflando en la loma — como decía mi abuela—. Así que abusado con la bicha. Cuando te la consigás yo los puedo casar aquí en el campamento. ¡No me creas, son bromas! Vos estás muy cipote. Pero si te gusta la muchacha debieras de enamorarla, y tal vez te dice que sí. ¿Y cómo se llama la compa? A lo mejor te puedo dar una ayudadita.

—Pues su seudónimo es Blanca, pero no sé su nombre de pila. Ella está colaborando en la cocina, pero dicen que también está ayudando en la clínica, entrenándose como sanitaria. Así que si resulto herido ya voy a tener quien me cure, pero primero tengo que lograr que seya mi novia.

–Nico, si te da pena enamorar a Blanca, hacé como he oído que hacen otros hombres aquí en el monte. Escríbele un mensajito, declarándotele, y a ver que te contesta.

En El Tenguerechón, los combatientes ya se habían reacomodado después de la ofensiva. Los heridos se encontraban en recuperación y los pocos combatientes muertos habían sido sepultados en tumbas improvisadas en el campo de batalla. En la guinda, durante el bombardeo también murieron dos mujeres jóvenes, una anciana, un niño y un hombre que tenía problemas para correr, debido a heridas que había sufrido en una guinda anterior. Todos comentaban de lo fuerte que había sido la ofensiva, y sobre todo de la suerte que habían tenido con el chubasco de fuertes lluvias esporádicas que se les vino de repente. El aguacero prácticamente los había salvado de lo más intenso de la ofensiva, especialmente de los ataques aéreos, que eran los que más daños les causaban. Ya en las evaluaciones de los combates recién pasados, dirigidas por Josefina, que también había combatido en apoyo a sus ahora combatientes, se dieron a conocer más detalles. Durante todos los combates, el campamento había perdido once personas muertas, quince heridos de gravedad y veintidós heridos levemente. En la evaluación de las pérdidas del ejército, se consideraba que ellos habían sufrido veintisiete muertos, unos setenta heridos en combate, y varios heridos en un accidente de un camión lleno de soldados que se había ido en un barranco en los alrededores de Nueva Trinidad. Toda esa información sobre el enemigo se conseguía de fuentes infiltradas en el ejército y de informes de comunicaciones radiales descifradas, así como de versiones de prensa de los medios, especialmente radio emisoras.

La guerrilla había perdido dos cañones: uno de ochenta y ocho milímetros y uno de ciento veinte milímetros. Pero ellos habían recuperado dos ametralladoras punto sesenta y una punto cincuenta, así como dieciocho fusiles M16 y varias cajas de municiones y granadas.

Después de la ofensiva recién pasada se esperaban días de relativa calma en esa zona, pero nunca se podía bajar la guardia, pues esas son las reglas de la guerra.

La presencia de Josefina en el campamento había creado nuevas oportunidades para algunos, y algunos conflictos de machismo para otros. Algunos campesinos combatientes no miraban de muy buena forma que una mujer fuera la persona encargada de conducir un campamento. Muchos no se sentían cómodos recibiendo órdenes de una muchacha de la ciudad, con apenas veinticinco años de vida.

Peperecho anunció el amanecer una vez más en el campamento guerrillero. El gallo ya se había vuelto un elemento importante para la gente, la mayor parte de origen campesino. Ellos estaban acostumbrados a despertar con el sonido mañanero de las aves y el bullicio de los cerdos y demás animales de la campiña cuzcatleca. El campamento estaba rodeado de arboledas, y muchos pájaros cantaban al amanecer, pero el gallo del guerrillero era el único animal del campamento. El ave era un pasatiempo no solamente para Nico sino para varios niños y adultos, quienes lo habían adoptado como parte de la familia guerrillera. Sin embargo, Nico y

sus hermanos nunca dejaban de vigilar el bienestar del animal.

Después de haber hablado con Josefina sobre Blanca, la muchacha que le gustaba a Nico, él decidió actuar. Un día que Blanca estaba lavando un buen poco de nixtamal, Nico se le acercó con la intención de declararle sus intenciones amorosas.

—Blanquita, cree que podemos hablar un poco sobre algo que yace dillas quiero decirle —le dijo Nico.

—¿Y de que se trata usted? Yace dillas que no hablábamos. Yo pensaba que ya se habilla vuelto creído, o que por hay tenilla una novia que no lo dejaba hablarme.

—Nombre Blanquita, lo que pasa es que yo soy penoso, y yo querilla decirle quiusté me gusta mucho, y me gustarilla que seya mi novia.

—Púchica Nico. Uste quizás estaba esperando que yo lo enamorara. Yo yacilla dillas que le habilla dicho a la compañera Toña quiuste me gustaba, pero pensaba que yo no le interesaba. Si quiere hablamos en su champita después que terminemos las tareyas de la comida. —Vaya pues, hay la espero cuando ya esté oscurito, pa' que no nos mire mucha gente. Se va derecho, como si fuera pa' la champita del compa Josefina, y se desvilla detrás del palo de cicagüite. Allí a un ladito está mi champita.

La dinámica de la guerra seguía en curso. Josefina recibió un mensaje de Chalón, en el cual solicitaba apoyo con alimentos y municiones. Ellos planeaban hacer una corta ofensiva para desarticular los puestos de la guardia nacional en Nombre de Jesús, San Antonio de la Cruz y San Isidro Labrador.

Josefina decide que Nico es la persona adecuada para ese trabajo. La misión requiere que una columna de combatientes lleve siete bestias cargadas con materiales.

Para llegar al campamento del Infiernillo se requería pasar cerca de Quiporito, o de lo que quedaba del caserío. Nico se sintió muy contento cuando le asignaron la misión pues vió la posibilidad de poder visitar su lugar de origen.

Los preparativos para conseguir las bestias, los alimentos y materiales bélicos se hicieron en un par de días, y cuando todo estaba listo, Nico partió junto a su grupo de combatientes hacia El Infiernillo. Por un momento, Nico pensó en solicitarle permiso a Josefina para llevar a Peperecho en su viaje, pero no se atrevió.

Ahora que la ofensiva del ejército recién había pasado, la zona estaría tranquila por unos días. Transitar por los caminos del área sería relativamente seguro para la columna guerrillera comandada por Nico Márquez.

Después de pasar por el cruce de caminos de la planicie de los pijuyos, llegaron al pedregal del guatal de la ñora Florencia Chichicaste. Pasaron por el pantanito de los micos tristes, y luego de unos veinte minutos de camino, cruzaron el primer anillo de postas del campamento. Nico ya era conocido por muchos combatientes, y fue identificado fácilmente por los anillos de vigilancia del Infiernillo. Finalmente, la columna llegó al campamento. Las bestias fueron descargadas y les dieron agua y comida. A los combatientes los recibieron con un buen plato de frijoles, un poquito de sopa de pollo y tortillas de maíz nuevo recién sacadas del comal.

Después de cumplir con la misión de entrega de materiales, Nico y sus hombres se prepararon para partir de regreso a su campamento base, liderado por Josefina Recinos, originaria de la ciudad de Mejicanos, en los alrededores de San Salvador.

Las bestias descargadas iban siendo guiadas por el Chele Mico, y el resto de los hombres iban como siempre, alerta, tratando de no ser sorprendidos por el enemigo. Nico sintió la urgencia de pasar brevemente por Quiporito, y como él era el jefe, pudo hacerlo. Los hombres armados llegaron al caserío parcialmente destruido. La casa de Melitón ya había perdido varias tejas, y algunas de las cosas que habían dejado antes de partir aún estaban allí. La piedra de moler nixtamal de la señora Tutis aún se encontraba encima de la armazón de madera. La piladera de madera de copinol estaba llena de agua, y varias larvas de zancudos habían encontrado el lugar perfecto para crecer. La mesa vieja de madera de aceituno en el corredor de la casa también estaba en buena condición, pero el agua ya le había hecho efecto, y dos patas estaban casi por arrancársele. Había hierbas comestibles y maleza por todos lados. Varias matas de tomate habían crecido en la chácara de la casa, y hasta matas de maíz y maicillo habían crecido caprichosamente entre la maleza y otras plantas típicas de la región.

Después de ver por un momento la casa de la mamá Tutis y Melitón, Nico continuó hacia lo que había sido su casa. La vivienda estaba más destruida que las demás, pues había sido abandonada varios meses antes que las otras. Ellos dejaron la humilde vivienda después de que su madre fue asesinada y se fueran a vivir con el abuelo Catocho y la abuela Catalina en las afueras de Quiporito. Nico se detuvo enfrente de la destruida vivienda de adobe. Respiró

profundamente como por un minuto y caminó lentamente hacia las ruinas de lo que fue su hogar de la niñez. El joven guerrillero recorrió por un par de minutos la parte interior de la parcialmente destruida vivienda, y mirando hacia el horizonte revivió las memorias tristes y alegres de su niñez. Recordó cuando nacieron sus últimos dos hermanos, cuando su padre le arrancó el primer diente flojo con un cáñamo de nailon, y hasta los chillidos del último tunco que mató su papá llegaron a sus recuerdos. Los olores a chicharrones, morongas y tamales, así como el sonido de las canciones rancheras mexicanas se hicieron presentes en esa visita espontánea al lugar. Quiporito le había dado muchas cosas buenas, pero también le había dado igual cantidad de cosas malas. Él nunca se olvidaba de sus hermanos menores que aunque seguían bajo la protección de sus abuelos, se sentía responsable por su bienestar aun dentro de las limitaciones de una zona de guerra. Con paso seguro y precavido de guerrillero con varias batallas peleadas, recorrió lentamente lo que quedaba de su casa. Los hombres que se quedaron haciendo guardia lo observaban lentamente, y parecían identificarse con los sentimientos que ellos percibían estar recorriendo por la mente del joven guerrillero.

Finalmente, Nico pareció volver a la realidad, y salió rápidamente hacia el espacio de lo que fue la única habitación de la casa.

Ellos se habían llevado casi todo para la casa de los abuelos, excepto la mesa vieja de madera de caoba que pesaba mucho, así que no esperaba encontrar algo más ahí. La huertita de la casa de Nico estaba llena de maleza, y hasta la parra de bambú había crecido más desordenada y con rapidez. El palo de achiote y el de poshtas tenían varias ramas secas, y las matas de huerta estaban preparándose

para parir sus primeros majonchos. Una parra de chichiguas en la parte de atrás de la casita tenía sus frutos amarillos, y Nico decidió llevarse unas pocas para curarle el pispelo a un par de cipotes en el campamento. Varias plantitas de chile chilpepe habían crecido desatendidas dentro del corredor de la casa, y un charral de siguanper estaba preparándose para dar vida a la orilla de la pared de adobes de la cocina. El tabanco aún estaba en pie, pero la troja donde guardaban las semillas desgranadas, que estaba construido sobre el tabanco ya se había desintegrado. La troja era una pila hecha de paredes de lodo y varas de bambú. La lluvia se había encargado de destruirla en pocos meses pues el pedazo de techo ya comenzaba a desmoronarse. El tabanco estaba hecho de cuarterones de madera vieja, así que seguía resistiendo. En el patio de la casita, un pedazo de machete viejo corroído, así como unas jarrillas oxidadas, aún se podían ver a un lado de las ruinas de la cocina. La piedra pacha donde la madre de Nico lavaba la ropa y el nixtamal, aún estaba posando encima de las demás piedras que no la habían dejado sucumbir.

Después de pocos minutos en Quiporito, Nico hizo señales a sus milicianos, indicándoles que era hora de partir. Pasaron por lo que aún quedaba del pozo, y ahí las bestias tomaron agua. Siguieron el camino por la meseta del torogoz, y cuando iban brincándose el cerco de piedra, varias ráfagas de fusiles G3 los sorprendieron desde unos cien metros de distancia. Un grupo de guardias de Nombre de Jesús andaban patrullando el área, y los habían detectado en un punto donde aún eran vulnerables, pero que les ofrecía posibilidades de protección. Uno de los hombres de Nico recibió un balazo en una pierna, y Nico se había torcido un tobillo, cuando casi por instinto saltó detrás del cerco de piedra, pero con mala suerte, pues al

saltar, la bota se le travó entre un tronco seco de palo de guayaba y una roca deforme. Los disparos de los guardias no paraban de respingar entre las piedras, pero los hombres de Nico ya habían encontrado donde parapetarse para repeler el ataque. Las balas de los hombres de Nico comenzaron a caer contra los atacantes, y la batalla ya se había tornado pareja. Después de un par de esfuerzos, Nico había logrado destrabar su pie de entre el tronco y la piedra, y con su fusil AK47 ya estaba repeliendo el ataque. Los combatientes sabían controlar el miedo, y para preservar sus limitadas municiones solamente disparaban bala por bala. En muy pocas ocasiones tiraban ráfagas, pues era un desperdicio de recursos que no se podían dar. El lema de ellos era: “bala por cabeza,” y trataban en la medida de lo posible hacerle honor a su consigna. El primer guardia cayó muerto casi por casualidad. Cuando el guardia se asomó detrás de un tronco que lo cubría, el Chele Colocho estaba dándole protección a Nico mientras se destrababa la bota, cuando por puro accidente vio una ramita moverse, y dejó ir una bala caprichosa. Para sorpresa del Chele, en el mismo instante que disparó, se escuchó el pujido de dolor de alguien. Cuando vieron más detenidamente, notaron el casco estilo Nazi del guardia que iba rodando en la pendiente, llevando con él al guardia que había tenido la mala suerte de morir por una bala que el Chele disparó por si acaso había alguien moviendo las ramitas. La batalla campal de fusilería continuó por varios minutos, pero por alguna razón, los guardias decidieron huir o continuar hacia donde ellos aparentemente se conducían. Cuando el sol ya había salido completamente, la columna de combatientes de Nico llegó al campamento. El guerrillero que había recibido una bala en la pierna era transportado por dos de

sus compañeros en una hamaca, y fue inmediatamente atendido por la brigada de salud del campamento.

Los días inmediatos a grandes batallas se utilizaban para reabastecimiento de materiales de guerra, alimentos, medicinas y readecuación de la tropa guerrillera. Josefina, como la líder del campamento tenía la responsabilidad de conducción del sitio militar en todos los aspectos: adoctrinamiento, estrategia, logística, defensa, hostigamiento al enemigo, comunicaciones y demás tareas. Después de oír varias recomendaciones de hombres y mujeres que habían peleado junto a Nico, Josefina decidió elegirlo como segundo responsable del campamento.

En los campamentos guerrilleros se daban todo tipo de actividades y acontecimientos, tanto buenos como malos. Ahí nacían y morían guerrilleros y población civil que buscaba refugio en ellos. Don Agripino repentinamente se sintió muy mal. Le dio un dolor intenso en la parte baja del estómago, acompañado de vómito y mareos. Las sanitarias del campamento no encontraban como diagnosticar, o mejor dicho, como adivinar ese tipo de enfermedades. La falta de entrenamiento médico y de aparatos quirúrgicos hacían la situación más complicada. El hospitalito del campamento fue desmantelado antes de la guinda de la recién pasada invasión, y aun no había sido habilitado nuevamente. El Dr. Piccorini fue trasladado a otra zona cerca del municipio de La Palma, y no había un médico profesional más cerca. Por el momento no había quien diera un buen diagnóstico de la enfermedad de don Agripino, y solamente las sanitarias estaban disponibles. Después de varias horas de lamentos y dolores, don Agripino se fue poniendo más pálido, y la piel se le fue haciendo un poco

verduzca. Don Pino se retorció del dolor intenso que sentía en el abdomen, y por momentos perdía el conocimiento. Las sanitarias le preparaban tomos de agua de hojas de salvia, le frotaban los pies con alcohol mezclado con hojas de hierba dormilona, y le daban purgas de aceite de semillas de arbusto de San Caralampio, pero nada parecía ayudarlo. Después de tres días de intentar curar a don Agripino con todos los brebajes imaginables conocidos por las sanitarias y demás habitantes del campamento, en el anochecer del miércoles, don Agripino se quedó dormido. El anciano se mantuvo quieto por un buen rato en el tapesco de varas de palo de caulote y bejucos que le habían preparado.

Mientras tanto, Melitón había sido informado de la situación de su tío Pino, pero él estaba ocupado preparando una misión importante, y no podía llegar a verlo. Además, en el último combate en la zona del Tenguerechón se lastimó un tobillo, y lo tenía inflamado, por lo que le dolía mucho al caminar. Simplemente pudo pedirle a sus compañeros de lucha que hicieran todo lo que estuviera a su alcance para ayudarlo.

La sanitaria encargada de vigilar la salud de don Pino lo dejó un par de horas, pensando que necesitaba descansar. No era usual que el anciano se quedara tanto tiempo sin quejarse de sus dolores, pero dormir es algo que siempre ayuda a cualquier enfermo.

Después de un buen rato, Chelita, la sanitaria en turno decidió chequear a don Pino, y tocándole el pulso se dio cuenta que el viejito ya no daba señal de vida. Ella llamó a Blanca, la esposa de Nico, su otra compañera sanitaria, para que le ayudara a corroborar el estado del viejito. Cuando ambas llegaron a la conclusión de que don Pino ya estaba muerto, informaron a Nico y a Josefina de la situación.

Los arreglos para darle la despedida final a don Agripino se iniciaron temprano en la mañana del jueves. Dos milicianos con conocimiento elemental de carpintería consiguieron varas de bambú, las cortaron con un serrucho viejo que tenían, y con pitas de mezcal fueron dándole forma de ataúd a la armazón que serviría para sepultar al más anciano del campamento. Dentro de la armazón de bambú pusieron hojas de guineo, y por último una cobija, para luego colocar el cuerpo inerte de don Agripino. En su cuello le colocaron un escapulario que había sido bendecido semanas atrás por el párroco de la Iglesia del Carmen en San Antonio de la Cruz. Sus dos manos fueron colocadas sobre su vientre, y su inseparable sombrero picudo, con señales de haber absorbido mucho sudor por varios meses, fue colocado cubriendo las manos que habían labrado las tierras del noreste de Chalate por muchos años. También don Agripino había dejado dicho que cuando muriera, si tenía la suerte de morir en paz y de lograr ser sepultado, quería que le pusieran un nido de chiltota de adorno en la parte exterior del ataúd, como símbolo de su amor por la naturaleza y a la vida de campesino que tanto apreciaba. Por último, y ya como iniciativa y pedido especial de su sobrino Melitón, entre sus piernas pusieron una cebadera de pita, en la cual miembros del campamento y familiares depositaron cosas simples y pequeñas. En la matata echaron semillas de ojo de venado, su infaltable hondilla, semillas de San Pedro, semillas de marañón, un copinol seco, un capirucho y una estampita con la imagen del Niño de Atoche, de quien él era devoto. Finalmente, el cuerpo de don Agripino fue cubierto con algodón de bellotas secas del palo de ceiba que se encontraba en el campamento. Luego sellaron el cajón clavando seis mitades de vara de bambú, y Josefina junto a Nico dieron las palabras oficiales como

representantes político–militares. Otros miembros del campamento contaron sus historias y anécdotas sobre la vida de don Agripino durante su despedida final. Después de pocos minutos y de guardar un minuto de silencio, sin faltar las consignas revolucionarias; en una procesión fúnebre con cantos religiosos condujeron el cadáver quebrada abajo por unos doscientos metros. Llegaron hasta un espacio limpio junto a una gran roca, en el lugar que otros compañeros ya habían hecho la sepultura donde descansaría don Pino. Esa roca era bien conocida por la gente que vivía en los cantones de los alrededores. La piedra era un símbolo importante. La gran roca negra tenía forma de cara de mujer, y los pobladores del área la llamaban el Peñón de La Virgen, porque como a las tres de la tarde proyectaba una sombra que algunos decían que parecía la silueta de la Virgen de los Afligidos. La roca también era un buen lugar para divisar hacia el cerro Iramón, y mas lejos, se miraba como si fuera un espejo, el agua de La Chorrera del Guayabo, por el área cercana a Quiporito. Después de irse al campamento del Tenguerechón, don Agripino solía ir a subirse en la piedra. Allí se quedaba por varios minutos con la mirada fija, viendo en dirección del lugar que él había fundado, cuidado y amado por la mayoría de su vida.

Durante el trajín de operativos militares, incertidumbre y bajas expectativas de vivir por mucho tiempo, los milicianos y demás personas que acompañaban al movimiento guerrillero solían tomar decisiones rápidas, y trataban de vivir la vida a plenitud.

Varios días atrás, Nico y Blanca habían sido casados por Josefina sobre esa misma roca; y como esas cosas cotidianas, la piedra ahora se estaba convirtiendo en un

símbolo de vida y de muerte para algunos de Quiporito. En ese momento, la roca representaba el círculo de la vida. Blanca se encontraba embarazada, y ella vio la oportunidad de la visita a la piedra de la virgen debido al entierro de don Pino para darle la noticia a Nico. Ella pensó que la partida del anciano también podía convertirse en una buena ocasión para darle la noticia de su embarazo. Nueva vida que había surgido bajo el asecho del enemigo y la libertad de las noches estrelladas en la oscuridad del campamento El Tenguerechón. Debido a esas coincidencias inusuales de la vida, cuando Blanca recién había terminado de darle la noticia de su embarazo a Nico; desde la peña de la virgen se oyó el quiquiriquí de Peperecho. Con el canto del gallo se sellaba la noticia del anuncio de la presencia de nueva vida en el vientre de la muchacha. Los jóvenes quedaron sorprendidos por el canto oportuno del gallo, y tan pronto bajaron de la peña, contaron lo sucedido a los demás que les habían acompañado al entierro, quienes también habían oído el canto de Peperecho. La gente ya conocía la historia del gallo, y comenzó a generar todo tipo de teorías sobre la coincidencia del canto del gallo, la muerte de don Agripino y la noticia del embarazo de la nueva esposa de Nico, ahora el subjefe del campamento El Tenguerechón. Algunos hasta decían que el espíritu de la madre de Nico estaba contento, y se había expresado por medio del gallo.

El alto mando militar de las fuerzas insurgentes, como parte de su estrategia de guerra popular, habían decidido lanzar una ofensiva militar en la parte central del país. Los campamentos guerrilleros del sector noreste de Chalatenango recibieron órdenes de unirse a la ofensiva con un porcentaje significativo de sus fuerzas. Los preparativos de logística y de coordinación comenzaron de

inmediato, pues aparentemente querían hacer algo de gran envergadura y en corto tiempo.

El día que la tropa tenía que partir, Peperecho, el gallo del ahora comandante Nico Márquez, se había puesto a cantar más temprano de lo que usualmente lo hacía por las tardes. Nico lo había estado viendo bastante inquieto, corriendo de un lado hacia el otro en el campamento, y no se explicaba por qué el gallo estaba comportándose tan erráticamente. La conducta del animal no era la usual, y aun cuando Chepito Pleito, -el hermano menor de Nico- había tratado de agarrarlo; el gallo se le había escapado, lo cual nunca pasaba. A Peperecho le gustaba que le sobaran las plumas del pescuezo mientras picoteaba la comida que le tiraban en el piso, y siempre era fácil atrapararlo cuando alguien quería hacerlo. Un par de días después de haber recibido órdenes de prepararse con la tropa, Josefina y Nico ya tenían todo su contingente listo, esperando la orden final. A las cinco de la tarde, los postas del campamento anunciaron el paso de un contingente que procedía del área de la zona de Ojos de Agua y El Carrizal. Josefina y Nico procedieron a revisar su tropa y equipo, y en silencio partieron con rumbo al Este. El contingente pasaría por El Infiernillo, donde iban a descansar un rato antes de continuar. Nico vio la oportunidad, y solicitó permiso a Josefina para pasar dejando el gallo en el campamento El Infiernillo, con la hermana mayor de su esposa, quien era cocinera en el campamento. Josefina accedió al pedido de Nico después de que el muchacho le dijera que desde hacía unos tres días sentía un miedito inexplicable, que más bien era como un presentimiento de algo inevitable.

Nico preparó a Peperecho con su bosalito, echó un par de libras de maicillo en su mochila, y partieron hacia la zona de

Quiporito. El gallo del guerrillero iba quieto en la cebadera, como satisfecho de ir hacia donde se dirigían. Según los hermanos de Nico, el gallo era más feliz cuando se encontraban cerca de Quiporito, donde él había nacido bajo el calor del plumaje de la gallina Cupertina de doña Gertrudis de Márquez. Durante los pocos días que Nico y sus hermanos estuvieron en el campamento del Infiernillo, en una ocasión Peperecho se les escapó. Esa vez don Agripino lo encontró casi por los pozos del caserío, cuando el viejito se escapaba del campamento para ir a limpiarlos. El grupo de combatientes caminó por tres horas después de salir del Infiernillo. Cuando se encontraban cerca del poblado de Victoria, por medio del radio rojo de Josefina recibieron instrucciones de partir con dirección a la ciudad de Sensuntepeque. A partir de ese momento ya estaba claro para el grupo guerrillero que su objetivo sería atacar el Destacamento Militar Número Dos en esa ciudad. Un grupo pequeño de combatientes se les unieron en la marcha, y ellos llevaban todos los detalles necesarios para dicho ataque. Como a las cuatro de la mañana, la columna guerrillera se encontraba en las inmediaciones del cuartel, ubicado en el costado noreste de la ciudad. Un pelotón de reconocimiento se había adelantado, y ya tenían ubicados los puntos estratégicos para el ataque a dicha guarnición militar, así como los demás detalles de la operación. A las cuatro y media de la madrugada, bajo la oscuridad casi absoluta, comenzaron a morterear las instalaciones militares desde tres puntos en los alrededores. Dos ametralladores calibre cincuenta y fusilería de M16, G3, FAL, R15 y AK47 así como de cañones de ochenta y ocho milímetros se escuchaban por todas partes. Pronto también se oyeron los estruendos de la respuesta de los soldados del

cuartel, quienes comenzaron a disparar con todo el armamento que tenían a su disposición.

Después de varios minutos del ataque, se comenzaron a ver llamaradas dentro de las instalaciones de la guarnición militar. A lo lejos también se podía oír el sonido de cañonazos y fuego de fusilería que provenía de otros poblados de la región aledaña. Era una pequeña ofensiva que la guerrilla había lanzado en varios poblados con guarniciones militares y puestos de la guardia nacional. Se suponía que era una ofensiva con objetivos políticos, para promover un proceso de diálogo con la parte opositora.

La tropa en el destacamento militar respondió al ataque de las fuerzas de Josefina, Chalón y demás combatientes con todo lo que tenía. A pesar de la oscuridad, siempre había muchos riesgos en cada combate. Las bombas lanzadas desde la guarnición retumbaban muy cerca de los atacantes, y los gritos de lamentos de los primeros heridos comenzaron a oírse. Los encargados de rescatar los heridos comenzaron a recoger los primeros caídos, y en sus hamacas partieron hacia los puntos previamente establecidos en los planes de la retirada. Después de más de media hora de ir y venir de balas y cargas explosivas en ambos lados, cuando se percibía que el sol ya intentaba hacerse presente, las fuerzas insurgentes iniciaron la retirada. Hasta el momento, según informes que Nico y Josefina habían compilado, ellos habían tenido tres bajas mortales, once heridos leves y unos pocos con heridas severas. Ellos no podían cuantificar las bajas de parte del enemigo, pero el incendio en el cuartel aparentemente había consumido una tercera parte de la instalación, y ellos sospechaban que habían tenido varias bajas.

Como ya era sabido, después de una ofensiva, la fuerza aérea se daba a la tarea de tratar de ubicar a las columnas

guerrilleras que habían participado en el ataque, con la intensión de aniquilarlas durante la retirada.

Basados en experiencias pasadas, durante las retiradas, los guerrilleros se dispersaban en varios grupos pequeños, y se marchaban por diferentes zonas para tratar de minimizar los daños de los ataques de la aviación y artillería. Josefina y la mitad de sus hombres partieron en dirección del cantón el Chunte, llevando consigo dos heridos en hamaca. Melitón y varios combatientes se dirigieron por la misma ruta que llegaron, llevando con ellos tres heridos, uno grave en hamaca y dos con lesiones leves, que podían caminar con ayuda.

La caminata de regreso hacia sus campamentos en el noreste de Chalate sería más ligera. Regresaban con menos municiones, pero también eran más vulnerables debido a los heridos que llevaban. La marcha era en horas del día, y el ejército los podía detectar con más facilidad. Pero las guerras hay que pelearlas a cualquier hora y bajo cualquier circunstancia, y todos los guerrilleros lo sabían y lo vivían cotidianamente.

El contingente comandado por Nicolás Márquez, el joven comandante guerrillero de dieciocho años, se reagrupó en las afueras de Sensuntepeque.

La hora de reacomodarse para iniciar la caminata había llegado. Al momento de partir comenzaron a oír a lo lejos el rugir de aviones militares. El avance tendría que ser lento, para ir más alerta y tomar precauciones adicionales en el camino de regreso a los campamentos del Infiernillo y El Tenguerechón. Nico y Josefina re- organizaron la tropa y dieron instrucciones de separarse en cuatro pelotones y tres escuadras que avanzarían separados unos veinte minutos unos de los otros. Los dos pelotones que llevaban los heridos irían en la parte central y un pelotón sin heridos

en la vanguardia y el otro en la retaguardia, protegiendo a los otros dos pelotones. Después de una hora más de avance, los pelotones liderados por Chema Escopetazo y Laura Viuda Negra, así como el pelotón de Toño Tacuache pasaron a un costado de Quiporito, y continuaron hacia El Infiernillo y El Tenguerechón.

Nico les seguía con su pelotón en la retaguardia al intervalo de tiempo que habían acordado.

Todos caminaban de prisa entre los cerros y matorrales de la región, pasando por cantones, quebradas, laderas y planicies en dirección a los campamentos base en el departamento de Chalatenango. El contingente había caminado unas dos horas, y el cansancio, el sueño y el hambre ya hacían efecto en los cuerpos de todos los combatientes. Cuando llegaron al río Copinolapa, casi en la línea divisoria entre el departamento de Cabañas y Chalatenango, decidieron tomarse un descanso entre las arboledas que les protegían. Algunos combatientes venían tan cansados que se quedaron dormidos. Otros simplemente se relajaron un poco, mientras otros se turnaron haciendo vigilancia, para que todos logran recuperar parte de las energías perdidas. Una milpa que recién había sido doblada les proveyó varias mazorcas de maíz, y con eso saciaron un poco el hambre que ya comenzaba a hacer estragos en los combatientes. Además, llevaban suerte, y muy cerca de donde estaban descansando, alguien del grupo sabía de un guayabal que ya tenía guayabas sazonas, y se abastecieron de cuantas pudieron.

La caminata desde Sensunte hasta el noreste de Chalate les había tomado varias horas, y el sol ya estaba inclinado

buscando el horizonte en el occidente cuzcatleco. La idea de pasar cerca de Quiporito y no visitar las ruinas casi destruidas de su caserío no pegaba bien en la mente de Nico. Él pidió a sus soldados guerrilleros caminar más rápido, para ganar los cinco minutos que quería gastarse en Quiporito, sin tener que darle explicaciones a su jefa.

Los recuerdos de la niñez, de los lugares de corridas de trompo, los juegos de salta brinca y demás memorias de su niñez estaban entretejidos con los caminos de Quiporito y sus amigos y vecinos. Al llegar al cerco de piedra que aún continuaba siendo de don Agripino, aunque él ya estuviera muerto, Nico pidió a sus hombres que le acompañaran un momento a visitar lo que quedaba de su añorado lugar de nacimiento. El muchacho abrió lentamente el falso del cerco que aún seguía en pie, y al entrar a la vereda que conducía al centro del caserío, comenzó a caer una fuerte tormenta. Todos corrieron hacia la casa más cercana, que era la de doña Teva Caravantes, que aun preservaba la mayoría del tejado. Esperaron unos pocos minutos, y como por arte de magia paró de llover repentinamente. Luego una nube negra se posó casi de inmediato sobre el cielo de Quiporito. Nico pidió a sus hombres esperarlo a varios metros en la salida del caserío, y él se fue a ver lo que quedaba de su casa. El muchacho cortó unos lorocos del charral que estaba en el cerco de la chácara, los echó en su mochila, y luego encontró unos jocotes verdes, y cortó varios para llevarle a sus compañeros y amigos.

Nico nunca se marchaba de lo que había sido su casa sin arrancar la hierba del área donde estaban las cruces de sus padres. Finalmente, cuando se preparaba para partir, le pareció oír el ruido de un ave que andaba por ahí, y para su sorpresa, sin saber cómo había llegado, ahí andaba

Peperecho. El gallo estaba picoteando los comejenes que salían de un talchinol que se había formado en el tronco del palo de tamarindo; el mismo árbol de donde su padre se cayó, y bajo cuya sombra su madre había sido asesinada años atrás. Ambos se reconocieron con una sola mirada, pero el encuentro fue rápidamente interrumpido por el rugir de motores de un avión que apareció en cuestión de segundos detrás del cerro Iramón, para luego dejarse ir en picada para lanzar una bomba sobre Quiporito.

Nico no tuvo tiempo de nada. La bomba cayó en el centro de la pequeña chácara de la casa. La onda expansiva y varios pedazos de metal que la bomba esparció por todos lados alcanzaron el área de lo que había sido la vivienda. El árbol de tamarindo que había nacido en el cerco entre las dos humildes viviendas de adobe estaba herido. Algunas de sus ramas habían sido arrancadas por la bomba y colgaban moribundas, negándose a caer en el lodazal que el artefacto había creado. Chipustes de lodo habían caído en el tronco del árbol, en las ruinas de las paredes de adobe de la casa, en las latas viejas del granero y en unos cántaros de barro que alguien había dejado en lo que fue el corredor de la vivienda. Un perro negro, que quien sabe de dónde había aparecido, también lleno de lodo, daba los últimos suspiros de vida, casi partido por mitad y con las tripas de fuera.

El pelotón de guerrilleros liderado por Nico fue detectado por una unidad exploradora antiguerrillera. Aparentemente los estaban esperando de su regreso del ataque a Sensuntepeque, y les tendieron una emboscada aérea en Quiporito, que era la ruta de retirada hacia las zonas bajo control de la guerrilla. Por suerte, los demás pelotones no habían sido detectados, y aparentemente ya se encontraban fuera de peligro.

Era la primera vez que Quiporito era atacado por la fuerza aérea gubernamental. Aunque el caserío luciera destruido, el lugar había sido destruido por el abandono y las fuertes lluvias que caen en la zona. El primer bombardeo que el caserío recibía, cuando ya estaba parcialmente destruido, tenía un significado especial. Uno de los hijos de Quiporito se encontraba en él, y la vida se le estaba escapando entre las ruinas de la casa que lo había visto nacer y crecer.

Nicolás Márquez Guardado había desafiado la muerte muchas veces durante su carrera de revolucionario, pero la vida aún no le había jugado su última mala jugada. Después de escapársele a la muerte muchas veces en tantas batallas, Nico estaba cayendo gravemente herido por esquirlas de una bomba que apareció de repente junto al rugir de motores del avión que la lanzó. El joven guerrillero estaba cortando unos majonchos en la mata de guineos, cuando un silbido inesperado que él ya sabía reconocer le llegó a los oídos.

Con sus últimos suspiros, Nico hizo un gran esfuerzo, y se levantó del piso apoyándose en su fusil AK 47. Ese fusil había sido su fiel acompañante los últimos dos años de militancia en las Fuerzas Populares de Liberación, en el frente noreste de Chalatenango. Con los últimos rayos de luz que sus ojos aun percibían, de repente, entre las matas de huerta llenas de chipustes de lodo, próximo a donde Nicolás Márquez yacía moribundo, apareció su animal favorito: el gallo rojo copetón que doña Gertrudis había criado para él.

En sus últimos momentos de lucidez, Nico recordó el gallo desde sus primeros años de vida, cuando le comenzó a salir la charchita que lo identificó como macho desde temprana edad. Él siempre lo recordaba en sus andanzas de guerrillero, y les hablaba del gallo a todos sus camaradas en

los frentes de batalla de Suchitoto, Nombre de Jesús, San Antonio de la Cruz, Arcatao y demás poblados de la región. Cada vez que sabía que alguien iba para donde el gallo se encontraba con sus cuidanderos, Nico nunca se olvidaba de conseguir alguna libra de granos para enviarle a los que estaban cuidándolo mientras él estaba ausente. Él recordó el día en que oficialmente le dio el nombre de Peperecho, aconsejado por Dimas Calulo, el cipote más pícaro de Quiporito.

Cuando Nico se encontraba en su trance de muerte, Peperecho llegó donde él estaba. Llevaba las plumas llenas de lodo y desgarradas. Tenía su pico sangrando y una de sus patas estaba herida, pero, aun así, renqueando y muy mal herido, pudo llegar donde el moribundo Nico se encontraba. Los estragos de la bomba también habían causado daño al animal, y Nico lo vio con alegría y tristeza por última vez. Con dificultad, el gallo se subió a la piedra de lavar a la par de donde Nico estaba muriendo, y con un gesto de tristeza dio tres aletazos contra la piedra. Cantó con gran esfuerzo y sin tono dos quiquiriquíes mientras miraba a Nico ensangrentado del pecho. El comandante Márquez ya no pudo sostenerse más con su fusil, y se había desplomado boca arriba sobre el lodazal, con los ojos cerrados. Allí, en el lugar que tanto amaba, Nico pudo realizar su último acto de rebeldía, y levantando la mano izquierda ensangrentada, antes de expirar dijo: “revolución o muerte, hasta la victoria siempre.” Peperecho se quedó quieto sobre la piedra de lavar por unos segundos, y luego se fue agazapando lentamente. Abrió las alas llenas de lodo, y su cuello fue cediendo al peso de la cabeza hasta caer sobre la dura superficie. En un acto final de resistencia, Peperecho giró la cabeza hacia la posición donde estaba el cuerpo inerte de Nico, y con su último suspiro se deslizó

para caer con las alas extendidas sobre el pecho herido de su dueño. Allí juntos, en el lugar que los vio nacer; el gallo y el guerrillero habían perdido su última batalla.



Edwin Urbina

Nació en el caserío Los Urbina del cantón La Lagunita en el municipio de San José Las Flores, Chalatenango, El Salvador.

Debido a la severidad del conflicto armado de la década de los ochenta en la zona de Chalatenango, la familia tuvo que abandonar su lugar de origen para reubicarse en la ciudad de Mejicanos, en San Salvador.

En 1985 se graduó de bachillerato en El Instituto Japón de la ciudad de Mejicanos.

Estudió en la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de El Salvador por tres años, a finales de la década de los ochenta.

Graduado en Ingeniería en Computación en la Universidad Estatal de California en la ciudad de Carson, California en el 2004.

.....
<http://sumpul.com> edwin@sumpul.com

